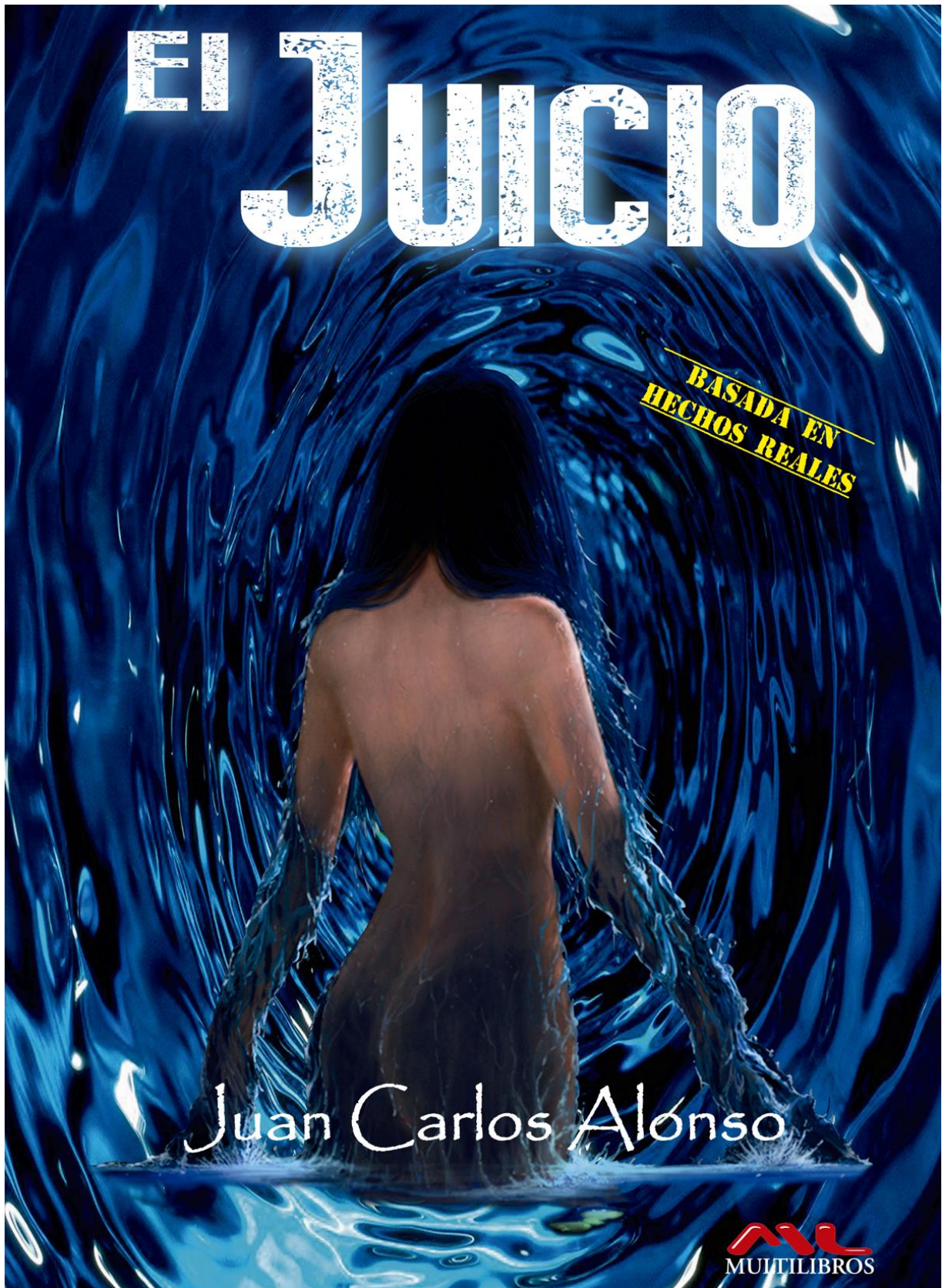




En un túnel va caminando Don Poseidón, vamos a llamarlo así para evitar desenterrar la verdadera personalidad de alguien que solo nos ha prestado su historia, más su identidad decidió guardarla en secreto, usaremos el Don por respeto a su avanzada edad; él va caminando a paso lento adentrándose en ese conducto, cada paso que da es como si marchara sobre el aire, su cuerpo lo siente ligero. Al pisar la superficie del túnel siente como si sus pies libremente se desplazaran sobre nubes de liviano algodón. Él me platicó que en aquellos momentos de esta vivencia excepcional, recordaba los juegos de joven cuando solía caminar y brincar sobre una cama de agua. Durante su vagar los recuerdos lo siguen paso a paso por ese oscuro túnel. Ahora caminando por ese pasaje rumbo a la luz, a esa luz al final del túnel, su memoria le hace resucitar aquellos juegos al aire libre rodeado de amigos, saltando, corriendo, riendo. Es un alivio no sentir dolor mientras vive la experiencia de llegar al final del túnel, pero aún no quiere llegar a ese final de ese túnel, a pesar de saber que regresar es volver a sentir dolor. Tiene días sufriendo un dolor terrible, un dolor que padece hasta en los huesos y quisiera gritarlo para que todo mundo se entere de su terrible sensación. El dolor le provoca insomnio y el insomnio le desencadena visiones y sensaciones, a veces estas sensaciones le hacen tolerar las dolencias, mientras sueña se olvida de su cuerpo. Morir era la única forma de eliminar ese dolor, pero no quería morir sin antes desahogar una confesión que a su vez podría herir aún más la relación con sus hijos.

Lo que vivió Poseidón es algo extraordinario, experiencia solo referida por los privilegiados sobrevivientes a la muerte clínica y que han regresado de caminar por el túnel y han visto la luz al final de ese camino de ensueño. Pero esto nada más es el comienzo de un suceso fenomenal. Independiente de los errores cometidos en la vida de mi amigo, sus experiencias son valiosas. Don Poseidón deseaba que sus fallas y escarmientos pudieran servir de ejemplo para alguien, por más que se diga que nadie experimenta en vida ajena. Al escribir esta historia no solo cumplo una promesa, sino que en verdad cuento acontecimientos dignos de ser contados. Lo que mi amigo vivió fue mágico y comenzó con su tránsito por el túnel que quizá, alguna vez caminaremos. Así, sin dolor ni molestias, Poseidón caminó por ese pasaje en el que fue testigo del drama de su propia vida. Todavía recuerdo su rostro cuando me platicaba del dolor y de las visiones con las que lo olvidaba. La experiencia de platicar con él es la historia que ahora les comparto.

Desde hace algunos días Don Poseidón se mantiene acostado, ha preferido la calidez de su alcoba a estar en un hospital. Está muriendo y en su agonía tiene alucinaciones, experimenta la crónica que anuncia el fin de la era que le tocó vivir. Ha sido un hombre dinámico que gustó disfrutar del reconocimiento de sus logros personales. Admiró a los hombres que definieron la vida de muchas otras personas, gusta de la historia universal. Sabe y platica de la intolerancia, de los fanatismos, de los miedos, culpas y obediencias absurdas que marcaron una era. En alguna de sus reuniones llegó a deliberar sobre lo horrible y lo bello que hay en cada uno de nosotros. ¡Somos admirables, pero a veces somos despreciables! A veces transmitimos emociones candentes, a veces somos muy técnicos, casi autómatas, a veces somos incapaces de acertar, ¡somos humanos!, afirmó en una velada al compás de música majestuosa como la Sinfonía número nueve de Beethoven, tocada por una extraordinaria orquesta y un coro de diez mil japoneses, o como escuchar a un joven José José en aquel festival de la canción latina de 1970 cantando “El triste”. Don Poseidón disfrutaba de veladas con vino suave y melodías propias para desgranar los pensamientos más íntimos. También fue muy buen amigo, en su lecho de muerte me platicó que para sonreír durante su dolorosa soledad intento recordar y revivir una comedia que yo escribí de forma amateur. Le respondí: ni a punto de morir dejas de ser amable, como voy a extrañar tu café, siempre te quedaba rico sin importar la marca o la máquina, siempre ese sabor y aroma, gracias por esos cafés. ¡Qué bárbaro! en tu velorio va a faltar ese sabor de café. Mi amigo sonrió, me regaló un gesto de alegría.

En su vida existió una gran mancha, una mancha oscura que le provocó hace tiempo una depresión ya borrada por los veloces vientos de una reflexión que, de cualquier manera, lo lleva a encontrarse solo al momento de morir.

¿Cómo voy a morir? ¿Cómo voy a morir en paz? Son las preguntas que hoy se hace este hombre que soporta un cáncer dictaminado ya en fase terminal. Hoy, al parecer, nadie se preocupa por él. Vive solo. Su casa es el santuario en el que reposa solo con sus recuerdos, visiones y dolores. Durante el día es asistido por una enfermera y un ayudante que le resuelve prácticamente todo, desde la limpieza hasta mantener el clima agradable, realizar reparaciones de toda índole, pagar recibos y lo que sea necesario.

Estos días ha sentido que su alma se derrumba, sus entrañas y su piel sufren las consecuencias por los tratamientos contra el cáncer, estos días el temor es una sensación

constante, difícil de ignorar, estos días su mirada está limitada a las dimensiones de su habitación, desea huir pero no puede, solo observa un techo lejano, una televisión apagada, muebles, cuadros que adornan el espacio donde espera el final. Recuerdo cuando lo visité, no dejé de pensar en dónde había quedado la vitalidad de mi amigo, evoqué andanzas juntos, él era mucho mayor que yo, pero siempre me ha gustado conversar con las voces de la maestría en la vida. Él era consciente de su fin, y yo al verlo inmóvil en su cama no dejaba de pensar en su estéril deseo de desplazarse. Pero hoy vivirá el más agitado de todos los sueños de su vida. Viajará sin moverse.

Siente la espalda pegada a la cama, levanta su brazo izquierdo como si quisiera tocar el cielo, con el dedo índice apunta al techo, el mismo que hace días observa sin tener opción. Fija la mirada en su mano, mueve su dedo pidiendo que se le cumpla un deseo. Al instante pareciera que el techo se abre mostrándole lo inmenso que es el universo, observa las estrellas como si los planetas y constelaciones giraran a su alrededor. Se siente pequeño al observar el sinfín del firmamento, por unos instantes contempla ese tono celeste que vemos desde la tierra, para su suerte logra apreciar estrellas fugaces. Sin duda es una bella experiencia contemplar la gran bóveda con todas sus constelaciones, sentirla expandirse por nuestras cabezas. Poseidón está fascinado apreciando relajadamente el cielo. Luego esa imagen se oscurece, toda la habitación se torna completamente negra. Aun así insiste en observar el techo abierto, aparece al centro de su mirada una pequeña luz que lo encandila. Una repentina voz masculina proveniente de sus alucinaciones lo despierta de este trance. Ahora escucha claramente que le dicen: venid en pos de mí y os haré pescador de hombres.

No puede ir a donde la voz suena, ahora está dentro de un gran pez. No se explica cómo llegó ahí, solo recuerda que cuando todo quedó a oscuras sintió hundirse, el agua lo empezó a cubrir de pies a cabeza, al volver la luz ya estaba dentro de una enorme boca sobre una superficie gelatinosa, desesperadamente se agarra de los dientes que parecen barbas en forma de peine, está angustiado y lucha por salir lo más pronto posible, tiene miedo de caer a la barriga. Mira más allá del agua gracias a que el pez mantiene la boca abierta, en la superficie logra observar a su madre que le avienta un cordón el cual atrapa rápidamente, se abraza con desesperación a la cuerda, cae hasta la garganta, se sujeta y empieza a subir poco a poco, trepa la cuerda como si hubiera tenido entrenamiento y fuerza, con el movimiento de una mano debajo de la otra se aleja de la enorme garganta. Al salir del agua el pez desaparece,



ahora se encuentra dentro de aquella iglesia a la que su madre solía concurrir con frecuencia, el acudió algunas veces por insistencia de ella. Ahora parece escuchar de frente al sacerdote que dice: Dios todo poderoso y eterno, que con amor gobiernas los cielos y la tierra, escucha paternalmente las suplicas de tu pueblo y haz que los días de nuestra vida transcurran en tu paz. Por nuestro señor Jesucristo... ¡Hijos míos!

Escuchar una voz con fuerza y de orden al grito de ¡hijos míos!, le produce un sobresalto y le hace transformar imaginariamente el misticismo que de niño percibía en la misa por una experiencia de éxtasis, se ve ahora rodeado de personas en aquella iglesia, están en el momento de la ofrenda, el sacerdote dice: ¡inicia la colecta, que no es limosna, eh!

Don Poseidón llegó a deliberar en los años de su rebelde juventud sobre los resultados y las consecuencias de esa expresión tangible llamada colecta, diezmo o contribución, que por siglos, en toda cultura y en toda época, los creyentes materializan en una acción simbólica como la ofrenda que dedican a la divinidad, este hecho de contribuir hace que algunos en su fe formulen con confianza sus deseos. Ahora Poseidón escucha al sacerdote decir: la comunidad ofrece de lo que ha recibido. Inmediatamente percibe las murmuraciones de los feligreses: no tengo, deme cambio, así está bien, ¿aceptan tarjetas de crédito?, ¿no?, ¿y cheques?, ¿aceptan vales de despensa?, ¿aceptan de estos?, no tengo, no tengo.

En el delirio de Don Poseidón el sacerdote continúa esta ilusoria misa: bien, bien hijos míos, ¡empieza la liturgia de la palabra, sálvense quien pueda! Amados hijos míos, ¿qué raza será honrada?, ¿la humana?, ¿qué raza será despreciable? Se los dejo a su conciencia, a su conciencia que les prohíbe venir a misa y tampoco les permite cooperar con la santa iglesia, esa conciencia que les meten y les lavan el cerebro en las escuelas esos maestros ateos. ¿Pero saben qué? Hoy voy a aprovechar que muchos de los que están aquí presentes desde hace mucho tiempo no venían a una misa y les voy a recordar, ¿saben que les voy a recordar?, lo que tanto les falta, lo que no tienen, unos tienen poca...

Y continuó el sacerdote: sí mis queridos feligreses, les falta urbanidad y decencia, urbanidad y decencia que las sagradas escrituras les pueden dar, padres cuiden la decencia de sus hijos, ¿tienes hijas?, cuida su virginidad ¡ya que ellas no la cuidan!

¿Qué debe suceder para que tu hija se llegue a casar con un hombre inteligente? ¡Que ya casi no hay! No con esa bola de flojos, sí, flojos, unos melenudos, otros pelones y otros con

cabellera femenina, el flojo es semejante a una bola de guano, todo el que lo toca sacude la mano. ¿Qué es lo que debe ser un hombre serio y derecho?

No tengas celo de tu propia esposa, bastante son los celos que se tienen por las esposas de otros. No te demores con la mujer liviana, tres minutos son más que suficiente, ya que puedes caer en sus enredos. Y por qué son estos consejos, pues porque los hombres se entregan completamente a mujeres y estas abusan dejándolos abandonados a su suerte. No te quedes mirando la belleza ajena, aunque a veces la propia no es belleza, es un esperpento tirado a la milonga, sí, esa es la palabra. ¿Por qué los hombres buscan otras mujeres? Porque la propia se deja engordar con el pretexto de ¡ya me casé! Aunque existen algunas que quieren llegar al cielo enseñando los cenotes sagrados. Aparta tus ojos de donde puedas contraer Sida. También apártalos de la mujer casada, no festejes ni bebas vino con ella, no sea que tu corazón se paralice y se enamore de esa casada y tu pasión te lleve a la cama y al pecado.

Inmediatamente Don Poseidón recuerda escenas de su vida. Grita ahogándose por dentro: ¡no quiero morir! ¡Ah caray! ¿Y el día del juicio? ¿Dónde estoy en realidad? ¿Veré un nuevo amanecer? Todo lo hice por amor, no, no es cierto, no me puedo hacer tonto yo mismo, nada jamás regresará ya, quisiera regresar el tiempo, ¿dónde estarás amor mío? ¿Realmente qué hay después de la muerte? Lo siento, ya lo vivido, vivido. ¿Por qué este sacerdote habla ahora en mi sueño de Sida o de buscar otras mujeres? ¡Qué delirio! ¡Mi época! ¡Mi vida!

Pareciera que da un último suspiro, desfallece y en su mente giran tantas estampas de todo lo que vio, vivió, leyó y escuchó. Ve frente a él a su hermano mayor que murió hace tiempo, Aries, parece invitarlo a seguir juntos por un camino de luz. Aún no es tiempo, contesta Poseidón, quien camina de lado contrario a la luz, andando recuerda aquella famosa foto en blanco y negro con horrores de la guerra, recuerda cuando vio aquella imagen de una niña corriendo desnuda, huyendo, como si con los brazos abiertos y las manos cayendo al gritar ¡quema!, ¡quema!, nos mostrara abiertamente la estupidez existente en quienes promueven y participan en una guerra. Aquel 8 de junio de 1972 ella intentaba escapar de su aldea convertida en un infierno al quedar entre anaranjadas llamas padeciendo explosiones y un sofocante calor por la guerra entre vietnamitas del sur y vietnamitas del norte. Otro niño vestido con camisa blanca de manga corta llora sin saber que formará parte de una imagen que muestra el dolor de las víctimas, de tantas víctimas registradas solo como estadísticas, sin percatarse el resto del mundo de tanto dolor.

Nunca fue indiferente al mundo. Cuántas guerras recordaba haber escuchado Poseidón, tanto en noticias como en la escuela, aquellas guerras derivadas de la fe y la religión, por ejemplo, la lucha de los que creen en El Padre contra los que creen en El Hijo.

Él siempre ha sentido respeto y admiración por los embajadores de la buena voluntad de la ONU y por todas las historias personales que ha leído al buscar sobre la vida de quienes de algún modo han hecho una época. La época de Poseidón.

Hoy agoniza un ser culto que ahora en su trance mezcla imágenes de todo un milenio como si fuera un pequeño lapso de tiempo que él vivió. Imágenes inmortalizadas desfilan en esta frenética fantasía, representaciones tanto de la crueldad de que es capaz el hombre, como de las grandes glorias y bellezas de la creación humana en todas las representaciones artísticas, urbanas, sociales y de entretenimiento que hemos contemplado.

Aparecen en su mente signos que giran alrededor de él, tales como \$, ¥, €, los símbolos de las notas musicales, de los aros olímpicos y un signo que al utilizarlo alcanzó a ver como cambiaba el mundo, el arroba, @. Es un delirio lleno de representaciones, figuras, imágenes, tantas imágenes: Albert Einstein, Hitler al estilo Chaplin, la Estatua de la Libertad, el cubo de Rubik, la explosión de la bomba atómica, las torres gemelas, la insignia de la Cruz Roja y de la Cruz Media Luna, el logo de Rotary y de la ONU, efigies de mujeres famosas...

Ahora, de repente, observa como si estuviera presente en Santiago de Cuba aquel día de 1953 a un joven Fidel Castro que denunciaba la dictadura de Fulgencio Batista, Poseidón se ve asaltando la fortaleza del Cuartel Moncada, se ve participando en aquel acto fallido por el que apresan a Fidel Castro, ahora escucha las voces de la opinión pública a favor de Castro presionando con dureza para su liberación. Observa como Castro al ser liberado pensó en viajar para organizar una expedición revolucionaria y regresar a Cuba. Poseidón se ve acompañando al líder guerrillero a México en aquel 1955 cuando fue recibido con hospitalidad e indulgencia, observa cómo Fidel conoció a un joven humilde que actualmente, desde hace tiempo es un emblema conocido en el mundo, el Che Guevara. Recuerda Don Poseidón el incidente en que casi cuarenta y siete años después Fidel Castro es admitido en México con un “comes y te vas”.

Vuelve a la mente de Poseidón el desfile de imágenes, la misma imagen multiplicada en diversas formas y colores, es la distintiva figura del Che en diferentes representaciones, en camisetas, banderines, tasas y mil formas que se combinan con el grabado, desde aquellas que

manifiestan gran energía y vientos de cambio, hasta aquellas caricaturizadas con el Che con grandes orejas de ratón o con gran nariz roja. Miles de diseños reproduciéndose en su mente. Se ve a sí mismo cuando joven portaba una playera amarilla y naranja con el rostro del Che en negro y azul, y de la boina brilla una luz y la camiseta habla con la propia voz de Poseidón cuando era joven: ¿Qué pasó?, ¿dónde quedó lo de “hasta la victoria siempre”?

Ahora ve claramente en una repentina imagen a un Fidel Castro en plenitud dando un discurso en 1976: “Cuando un pueblo enérgico y viril llora, la injusticia tiembla”. Ve frente a sí a un Fidel Castro con avanzada edad, escucha diversas voces gritando ¡audiencia pública!, se genera un intenso debate: “dictador”, gritan algunos, “es la expresión popular del pueblo cubano”, replican otros, “¿y la Operación Verdad?”, cuestionan algunos, “hace años prometiste elecciones generales”, le señalan otros.

Regresa a sus manos aquella camiseta del Che, la luz que sale de la boina ilumina toda la prenda volviéndola de color blanco. En sus manos se despliega una blanca camiseta con una estampa grabada en negro, es la de sí mismo en líneas que dibujan precisamente los rasgos del Poseidón actual, es una sombra delineada, es un contraste que encarna el rostro de alguien a punto de morir, de alguien que teme un juicio por sus acciones, que teme morir sin haber hablado con sus hijos.

Cierra los ojos, ve a su hija cuando era pequeña, ella se acerca, cada vez que él parpadea ella se acerca más, se acerca demasiado, frente a frente. Él ve de inmediato frente a sí aquella portada de 1985 de *National Geographic* que muestra a una niña afgana de turbante rojo cuya serena mirada de impactantes ojos claros te magnetiza, en esa foto se observan unos luceros que con sinceridad parecen examinar de manera desafiante a este mundo, a una humanidad que la dejó huérfana años atrás. Huérfana gracias a una guerra de tantas. Poseidón respira profundamente, cierra los ojos, mueve el cuello e inclina la cabeza hacia atrás.

Ahora observa la siniestra cara de Hitler con su disparatado bigote y mirada de loco, lo ve caminando como pingüino, dando vueltas, ahora es el famoso Chaplin diciendo la frase que muestra el tránsito de algo cómico a algo siniestro: “los dictadores se dan libertad a sí mismos”. Chaplin imita a Hitler: “luchemos por un mundo nuevo, digno y noble que garantice a los hombres un trabajo, a la juventud un futuro y a la vejez seguridad”. Ahora deja de imitarlo y en tono serio afirma: pero bajo la promesa de esas cosas, las fieras subieron al poder.



No cabe duda de que entre dos personas que vivieron circunstancias similares, infancias nada placenteras, a uno le genera rencor y deseo de venganza y a otro le genera una majestuosa liberación mediante el ingenio humorístico, reflexiona Poseidón.

De repente escucha la Marcha turca de Beethoven tocada por una gran orquesta, en cuanto inicia la melodía con su matiz dinámico ríe y se dice a sí mismo: la mujer que me amó confesó que me prefirió a mí frente a aquel galancete porque yo la hacía reír. La amé desde el primer instante que sentí su aliento. ¡Qué vida!

Poseidón se ve feliz brincando como niño que imagina tener a su disposición una gran orquesta sinfónica a la que él dirige majestuosamente al ritmo de esta alegre marcha. Se siente dirigir los violines, clarinetes, brinca mientras dirige, todo tiene a la vista, oboes, cornos, trompetas, violonchelos, todos hacen vibrar de alegría con esta pieza musical de sonidos suaves y sonidos fuertes, una alegre pieza de intensidad musical. Y con ese mismo entusiasmo mueve sus brazos y manos coordinados con corazón y cabeza, realmente siente dirigir el ritmo, lo disfruta.

Cuando dirige la orquesta es cubierto por grandes oleadas de agua que brotan del piso mágicamente, sigue feliz con los brazos abiertos empapándose, una reflexión detiene la música: jamás creí que el agua se llegaría a vender... aún recuerdo lo libre que era beber agua solo abriendo la llave en cualquier parque... ¿Cuánto faltará para que vendan el aire que respiramos? ¿Lo respiraremos siempre gratis? ¿Quién habrá inventado el Sida? Dicen que hasta el diablo es hijo de Dios. Nada que ver una cosa con otra, sí, estoy delirando. Recuerdo esos domingos, entre fútbol y la instrucción de mi madre para que primero fuéramos a misa. ¡Ah, una de mis grandes pasiones es el fútbol!, el deporte que se juega en todas las esquinas de este mundo, que a veces parece cuadrado y a veces es apasionante.

Poseidón escucha claramente las campanadas de los llamados a misa, inmediatamente se enciende el televisor, suena también el silbatazo que anuncia el inicio de un partido de fútbol. Sufre un hilarante éxtasis con la narración: hola queridos aficionados al deporte de las masas, hoy transmitimos el tremendo encuentro entre el poderoso equipo de los Encumbrados contra los Pelagatos, por los Encumbrados se encuentra en la defensa la tremenda fuerza armada nacional con todo y marineros, en la media a los medios más penetrantes, los medios masivos de comunicación, en la delantera por la súper derecha hay acción, por la izquierda ni más ni menos que a la izquierda caviar, y por el centro los dueños del presupuesto, en la banca

tenemos a la banca más productiva, la banca privada. Y en la portería tenemos a un extranjero, sí señores, en la portería está alguien que no dejará penetrar nada, el departamento de inmigración y naturalización de los Estados Unidos de América...

Y por el equipo de los Pelagatos está todo el arrabal, todos los villamelón de un pueblo que solo tiene banca, sí, en la banca de los Pelagatos están las tremendas tarjetas de crédito. Y empieza el juego donde se apuesta el presupuesto de la nación, perdón, ese no se puede apostar, es ya propiedad de los Encumbrados, es un juego de temporada. El silbatazo inicial, ¡ay qué partido, partidazo! Los dos equipos salen con todo.

¡Qué delirio el de Poseidón! Ahora se ve a sí mismo, pero de joven, en una representación teatral, observa y es observado al mismo tiempo, imagínate viéndote a ti mismo representando tus recuerdos, tus debates internos y tus anhelos.

En la representación teatral Poseidón observa el escenario dividido en dos, en un lado está su habitación de joven cuando aún vivía en la casa paterna, está tal cual, con ropa tirada en el piso, él está dentro, en la cama, viendo la televisión, por otro lado se observa el altar de la iglesia a la que asistía con su madre en donde el sacerdote continúa hablando: hombres y mujeres tienen cola que les pisen, indecentes, tienen tanta cola que pisarles que hasta se la enrollan pues no les importa tenerla sino saberla esconder muy bien. Los que se empecinan en el pecado derraman tanta embriaguez, hijos míos, ¡no sean beodos! ¿Qué significa beodo?, dícese de la persona que por la ingesta desmedida de la bebida alcohólica tiene perturbados sus sentidos y emociones, es decir, que anda como las placas de tráiler, o sea, hasta atrás. ¿Pero por qué toman? Según porque los amigos los invitan y no se pueden negar, o sea que no son machos, son débiles, cuando un hombre es feliz sus enemigos se desaniman y cuando es desdichado hasta sus amigos lo abandonan, qué poca no. ¿Se puede ser feliz solo con tu pareja? Claro que sí, pero las malas compañías influyen mucho. ¿Puede el lobo andar junto con el cordero?

Así es que los que estén en esta sala, grita el cura, se me dividen, pero ya, los hombres que se portan bien, que son piadosos, se juntan con las mujeres buenas. Y los hombres que se portan mal, se me salen de aquí bola de pecadores, que yo me encargaré de las mujeres pecadoras.

Definitivamente ese recuerdo de aquellos domingos entre futbol y la instrucción de su madre para ir a misa le dejó huella. ¡Ahora en su delirio teatral mezcla misa y futbol! La televisión y el sacerdote hablan al mismo tiempo.

Escucha la televisión: estamos entrevistando a uno de los muchachos del equipo de los Encumbrados. ¿Qué opina de este encuentro?, ¡o sea no son pieza!, además que el árbitro es mi próximo...

El sacerdote dice: no entres en pleito con un juez que, por su calidad de tal, ganará el pleito.

En la televisión se sigue con la entrevista: los jueces son mis cuñados, o sea, además nosotros somos profesionales y ellos son amateur.

El joven Poseidón desde su cama le grita al entrevistado en la televisión: sí idiota pero el arca de Noé la construyó un amateur y el Titanic unos profesionales.

El del equipo de los Encumbrados le responde: ¡compra una alcancía y ahórrate tus comentarios!

El joven Poseidón dice: quiten a ese locutor, ay Dios mío, las porristas qué buenas, chiquitibum guao, quiero, miren al cuate que anuncia las cervezas, pásame una y pásame a una de las chavas...

Una de las damas que anuncian cervezas le contesta desde la televisión a Poseidón: mira, mira, si los que toman cerveza estuvieran como los que la anuncian...

Sí, definitivamente aquellos domingos entre futbol y la instrucción de su madre para ir a misa le dejó huella. Aquella disyuntiva dominical entre gritar gol viendo comerciales con chicas en bikini o congregarse en un templo para la liturgia eucarística fue de sus primeros agridulces dilemas. Cuando lo visité era evidente que necesitaba charlar sobre lo que estaba viviendo. Al principio me pareció que solo deseaba alargar la visita, pero cuando escuché lo que le aterraba supe que además necesitaba ayuda para morir en paz, sin embargo, me aclaro que la ayuda ya estaba por recibirla, su verdadera incertidumbre era saber por qué soñaba lo que soñaba, ¿qué tiene que andar haciendo adentro de un pez? Por eso deliberadamente trataba de pensar en asuntos más simples como futbol, política o hasta economía, pero la mente lo traicionaba para recordarle sus miserias y vergüenzas. Pues dime de una vez tus miserias y vergüenzas, le dije. ¿Qué parte de la vida ajena nos gusta contemplar? ¿Qué van a contemplar los que lean tu historia? Él me contestó: van a contemplar todo de mí, no te preocupes, pero es

importante decirte que lo único en que intenté pensar antes de que se me apareciera todo lo que realmente vi fue en esa especie de representación teatral porque yo fui un joven irreverente, era idealista, me daba coraje saber que los hombres pueden corromper cualquier institución y esa parte es importante para saber por qué estoy viviendo todas mis locuras mientras agonizo, en serio, por ejemplo, sé que no es una locura cuando te digo que en algo tan simple como la forma de un queso y la persistencia de la memoria radica algo tan complejo como que el tiempo es un espiral, y mi memoria está más fresca de lo que en verdad quisiera por lo que hay un ciclo que espero sea superado. Sé que al final vas a entender porque antes de lo más importante también te cuento esta parte del sacerdote y el futbol, permíteme continuar, ¿recuerdas cómo estaba el escenario dividido en dos?

Ahora en este delirio teatral que vive en su agonía real escucha el televisor mientras el sacerdote está diciéndole al joven Poseidón: entiende hijo, aléjate de esa caja estúpida que te enajena, hay perversas intenciones de enajenación y embrutecimiento. Poseidón responde: pero si es uno de los inventos más importantes del siglo XX, hay buenos programas e-di-fi-cantes... ¡bueno!, esos no los veo. Además, la iglesia también me enajena. El cura responde: no contestes sin haber escuchado, no interrumpas al que habla, el camino no es así hijo mío, porque el camino del bien es muy diferente al camino del mal.

—Vaya que descubrimiento, y los átomos que bajan del universo...

—Tienes el poder de elegir entre el bien y el mal, refuta el cura.

—Por lo pronto elijo a las malas que estén bien buenas.

—Elije hijo, elije bien.

—Si de elecciones se trata, mi partido.

—Hablo de elecciones espirituales.

—A veces voy con los espiritistas.

—No seas necio hijo, acércate al señor.

—Sí me acerco al señor, pero al señor López, que es el líder de la colonia y estamos medio logrando una vida un poco más digna.

—Digna debes de tener el alma

—Alma, no padre, esa chica no es digna, es bien puta la mendiga Alma.

—¡Hijooooo!

—¿Por qué los átomos que bajan del universo...? Además, qué ganan ustedes con que yo vaya a misa, creen que entrando a una iglesia me vuelvo bueno, la Alma esa va todos los domingos en la mañana a rezar y hay días que hasta en la noche...

—¡Hijo!

—Y el papá de Alma se la pasa en el templo los domingos y los sábados en el templo del beber, además, los átomos que bajan del universo...

—¿Qué tienen que ver los átomos?

—Se unen para formar compuestos, porque juntos son más estables que por separado... y de digna creo que ¡digna debo de tener la vida! Lo que yo necesito es un buen salario, cubrir mis necesidades, divertirme, tengo hambre, necesito de todo y usted me pide...

—Te pido que entiendas.

—¿Entender qué?, yo entiendo padre, leo, estudio, sé que siempre han existido soñadores que desean un futuro en el que cambiemos el destino del mundo, un lugar sin explotación, sin intolerancia, sin masacres, sin hambre, sin esclavitud, o sea un mundo más humano. Y en la escuela nos hablan de las revoluciones y yo sé que antes de cada revolución hay soñadores y canallas.

—¡No les hablan de Dios!

—Claro que no. La escuela es laica. Creo que sí debemos atender la espiritualidad y la intuición, místicamente, como seres humanos hemos intentado reconocer nuestras emociones durante los últimos dos mil años. Hay poderosos que encubren tanto conocimiento, como si quisieran que las personas dependan de algo o de algunos para ser felices y utilizan el miedo como instrumento para mantener ignorante a tanta gente, con tantas limitaciones. Quien retenga conocimientos debería de perderlos.

—¡San Gregorio qué rollo! Tú alma cristiana es un pez que debe estar en las redes del evangelio.

—El pueblo escribe "ambre" sin hache porque se la comieron del hambre, mientras unos malgastan el dinero que les regalan a manos llenas.

—¡Hay santa Sandra, como habla!

—Y voy a seguir hablando ahora que ya me encarrilé. Todo lo viejo debe desaparecer... ¿O ascender? Pero sí debemos deshacernos de todo lo caduco.



—Hay santa Imelda como tiene cuerda. Pero estoy de acuerdo en que debemos deshacernos de todo lo caduco.

—Déjeme hablar padre, la felicidad es un derecho que desde que nacemos ya lo tenemos...

—De inicio tienen que creer en ustedes mismos, la fe mueve montañas.

—Sí. El volcán es la montaña más limpia, primero echa cenizas y después lava. Es chiste ¡eh!

—Y todo mundo se quiere lavar las manos. Lo que hay que lavar son las cenizas que quedan después del fuego. Enfócate en tu misión espiritual.

—¡Pero el espíritu no quita el hambre!

—¡San Melitón como es respondón!

—Entiéndame padre, si todos creyéramos lo mismo... Si todos fuéramos iguales... Si yo fuera como los señores que zurren a sus mujeres y además son adúlteros, pero eso sí, el domingo ahí están en misa, sentaditos, bonitos, carita de moco caído, o como las señoras santurronas en la iglesia pero que son las más víboras chismosas o de dudosa reputación porque siempre dejan entrever la duda de si le entran a un buen acostón, yo a lo mejor si soy así como que... Pero bueno, no le hago al santo.

—Pero a la iglesia se va a reflexionar, a arrepentirse.

—¡Por eso no voy!

—¿San Cirilo que le digo?, Santa Estela hazlo que entienda. Ya te pasará algo que te haga recurrir a la iglesia.

—Ya ve padre, como lo chantajea a uno, si usted fuera bueno me desearía el bien aunque no sea su feligrés, porque nomás le pasa a uno algo y dicen: “ya ves, te lo dije, Dios te castigó por incrédulo”. Pero Dios es bueno, o ¿no? Él me protege vaya o no vaya a la misa.

—¡Eres un socarrón! ¡Ladino! ¡Taimado!

—Es más, a ver padre, pregunta irónico Poseidón, ¿por qué usted no se puede casar? Es hombre o ¿no?

—Blasfemo, es algo que debemos guardar.

—Cada quien lo guarda... ¡A mí me encantan los días de guardar! Sobre todo con...

—¡Hijo!

—Sí padre, ni debería guardarlo, sáquelo antes que otra cosa suceda.

—¿Su, suceder, qué? ¿Sa, sacar qué?

—Olvidelo padre. Le tengo una pregunta. ¿Adán tenía o no tenía?

—Desde luego, Abel y Caín son la prueba.

—Claro que ellos si tenían, pero Adán no.

—¿No tenía qué?

—Pues el ombligo, Adán no tenía ombligo.

—Tuvo hijos porque no era célibe.

—¿Qué es eso?

—El celibato consiste en no tener relaciones sexuales.

—Pues eso del celibato yo mejor ni trato. Pero volviendo a Adán, si fue hecho de barro lo lógico es que no debió tener ombligo, ¡digo! no hubo parto de por medio. Lo cierto es que Adán y Eva no se enojarían nunca si uno les silba: ¡hijo de tu... madre!

—Debieron ser una pareja muy sencilla, ¡desnudos, sin creerse el ombligo del mundo! Es increíble que el tema de las pinturas de Adán y Eva con o sin el ombligo fuera sesudamente tratado durante siglos en investigaciones y libros. ¡Santo Dios, cuánta controversia!, a mi juicio irrelevante.

—Pobre Adán, castigado con trabajar por escuchar a su mujer, come del fruto prohibido... pero ¿cuál es la enseñanza en este cuento padre?, ¿qué el trabajo con sudor y fatiga es un castigo o que obedecer a tu mujer puede crearte problemas graves? ¡Hay Dios, esta si fue una controversia en mi vida! Sí padre, debo confesarle que, respecto a la relación con la mujer, para mí, fue una controversia nada irrelevante.

El sacerdote camina dándole la espalda a Poseidón y susurra: Santa Leandra, ay anda, ay anda. Luego se vuelve a él, diciéndole: bien hijo, ya nos vamos cayendo bien, vamos a platicar, mira es cierto que ante las tentaciones de este mundo carnal...

—¡Carnal agarra la onda que la tentadera está gruesa!, pero le pido la absolución de mis pecados...

—¡Claro que no! Ni Dios va a creer en tu arrepentimiento. Ahora pasemos a un salmo, repite conmigo: “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”, repite hijo, repite. Poseidón se niega a seguir hablando.

El sacerdote al ver que es ignorado se abalanza sobre Poseidón, apretándolo del cuello lo inca e insiste en que juntos repitan “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. Los oídos

de Poseidón escuchan una música tocada con energía, con el vigor de las notas musicales que surgen de los violines, el órgano y las voces que dicen gloria, gloria, gloria, gloria, gloria in excelsis, gloria in excelsis, gloria in excelsis Deo. Ambos afirman “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. El sacerdote dice de manera rápida mientras la música sigue:

—Esperé en el Señor con gran confianza, él se inclinó hacia mí y escuchó mis plegarias. ¡REPITE! “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. Sacrificios y ofrendas no quisiste, abriste, en cambio, mis oídos a tu voz. No exigiste holocaustos por la culpa, así que dije, ¡REPITE! “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. En tus libros se me ordena hacer tu voluntad, esto es Señor lo que deseo, tu ley en medio de mi corazón. “Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad”. He anunciado tu justicia, la gran asamblea no ha cerrado mis labios, tú lo sabes señor, ¡REPITE! “Aquí estoy...”

Se termina la música. Quitando las manos del sacerdote de su cuello, Poseidón se levanta diciendo: aquí estoy muy incómodo, además ya me harté, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Usted se queda en su recinto sagrado y yo me voy a mi sagrado recinto. El sacerdote lo sigue, Poseidón voltea y dice: no me siga, quédese ahí, faltaba más, faltaba menos, ahorita mismo voy a poner una barda. No creí a mi abuela que tanto me decía que soy un alma de la Era Cristiana que debo caer como pez en las redes del evangelio, pero jamás me gustó eso que reiteraba mi madre de “cada quien debe cargar su cruz”, ¿por qué?, ¿por qué yo?, ¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?, ¿por qué a mí?, ¿cargar una cruz? Eso no es ninguna buena nueva, tampoco lo de pon la otra mejilla es ninguna buena nueva, ¡mangos qué! Se supone que ya fuimos salvados como para seguir cargando cada quien la cruz.

El sacerdote le grita: ¡te estás pasando de la raya! —La raya la voy a pintar y usted, con todo respeto, píntese de aquí, —responde el joven Poseidón.

Con religiosa actitud el presbítero en su afán por curar un alma se arrodilla y mira al cielo implorando: ¡ayúdame a que este hombre recapacite! El viejo Don Poseidón escucha musicalmente una palabra repetida a voz de coro: aleluya, aleluya, aleluya, aleeeeeluya...

Don Poseidón despierta de esta alucinación, abre los ojos y mira alrededor de su habitación, observa el techo, está todo en orden, cerrado, normal, pero sigue escuchando el aleluya, siente un gran júbilo al saber que al menos en su alucinación alguien implora por él, alguien que quizá pueda curar su alma. Cierra los ojos e instantáneamente esta sensación de júbilo desaparece al verse de regreso a la delirante representación teatral para importunar él

mismo la piadosa postura del sacerdote interrumpiéndole con un desdén: aleluya, aleluya, que cada quien agarre la suya. Estoy enfermo padre, soy un pobre moribundo. Un pequeño joven a punto de morir.

El sacerdote se levanta de donde imploraba por la cura de esta alma y solicita a su interlocutor que realice un examen de conciencia, que se arrepienta de aquello que por ahora solo él sabe.

—Confíesate hijo mío. Tú sabes que quieres decir.

—¿Para qué, padre?, si ahorita me voy a entrevistar con su jefe. Me confieso directamente con su Dios, con mi Dios. Voy a pasar de mi pobre nivel de existencia a estar cara a cara con el poder la creación.

—Nadie te asegura que en realidad vas a estar cara a cara con el poder de la creación. Mejor aquí de una vez muere lo más saludable que puedas. Aquí antes de morir puedes ver en mí, en ti, en cualquier persona frente a ti, a una parte de mi Dios, de tu Dios, de Dios. No lo intentes, mejor hazlo.

Don Poseidón abre los ojos, el delirio teatral desaparece, se ve en cama, la realidad regresa, los vuelve a cerrar esperando continuar el diálogo con el sacerdote, pero ya solo ve negro dentro de sus ojos cerrados, su cuerpo le recuerda que está en agonía. Después de esta alocada visión que le hizo olvidar por unos instantes su dolor corporal cae rendido. Sus fuerzas mermaban cada vez más, aun así quiere seguir con vida, no se puede morir sin antes suavizar el resentimiento más cruel que un hombre pueda sufrir.

En la vida hay tantos apegos que a alguna causa sufrimiento tener que morir. Esta reflexión me la hizo el propio Poseidón la última vez que lo vi. A veces no tenemos idea de todas las cosas que pueden pasar por la mente de alguien que realmente tiene la seguridad de que sus días están contados, de alguien que al menos una noche ha luchado contra esa fuerza magnética que lo quiere jalar al centro de la luz, al centro del túnel.

¿Qué fue de mi vida? Es la pregunta que ahora en un trance consciente se hace Don Poseidón. Su mirada está en el techo, esa quinta pared del cuarto en el que va a morir. Escucha el latido de su corazón, escucha el movimiento de las manecillas de un reloj, la habitación se oscurece momentáneamente, al encenderse ahora es una gran esfera, ya no hay paredes, ni techo, ni piso, su cuarto es un globo y él está dentro, se presenta ante sus ojos la pintura *La persistencia de la memoria*, mejor conocida como *Los relojes blandos*, de Salvador Dalí. En

esta obra, al fondo aparece el mar y una pequeña formación rocosa a la derecha. En esta imagen hay cuatro relojes; un reloj de bolsillo y tres relojes blandos y deformados por el paso del tiempo.

Ahora empieza a escuchar un tic tac, tic... tac, tic... tac, tic tac, tic tac, tictac, tictac, tictactictactictac, lo escucha cada vez más rápido, más alto, tan rápido que acelera su pulso cardíaco. Tic tac, tic tac, tic tac, tictactictactictac. Conforme va creciendo el ritmo del tic tac van apareciendo imágenes de relojes, de diferentes tipos y modelos, cronómetros, despertadores, de todos colores, tamaños y épocas. Relojes circulares, cuadrados, rectangulares, verticales, horizontales, los que tienen sus agujas con minuterio y segundero indicando las horas con números arábigos, otros con romanos, desfilan también frente a Poseidón los relojes digitales, los de metal, los de madera, antiguos y modernos.

De repente deja de escuchar el tic tac, que calla para dar paso a una suave melodía al compás de “sabia virtud de conocer el tiempo, a tiempo amar...” el bello poema de Renato Leduc está escuchándose en su mente. Respira al armónico ritmo de esta melodía tocada lentamente para exhalar las añoranzas. Suspira y la música cesa. De repente todo vuelve a ser oscuridad.

¿Quién no quisiera detener el tiempo? Es una pregunta que Poseidón medita en la penumbra de su reposo, sin darse cuenta empieza a hablar consigo mismo.

¿Para qué? Para rescatar el tiempo perdido, para reparar, para reconquistar, para amar, para volver a amar, pero todo es relativo, parece que el tiempo no existe, solo es algo creado para medir el espacio, este espacio que habito. En este espacio en el que siento que ya se me acaba la memoria. ¿Para qué acordarse del pasado? Como mortales que somos la memoria acaba, todo vuelve al polvo. Estoy atrapado entre el tiempo y el espacio, estoy viviendo una fantasía.

¡El gran masturbador!, recuerdo como disfrute la aparente locura de otros, sus creaciones, notas, lienzos, frases, estilos, reflexiones, sus vidas, mi vida, vivir es... ¡vivir!

¿Dónde quedó mi capacidad creadora? ¿Cuántos pensamientos negativos perturbaron mi mente? ¡Que idiota fui!

¿Qué el tiempo no existe? ¡Por Dios! Estoy en contacto con la realidad ¡Me voy a morir!

Siempre ha habido quienes dicen en cada milenio o en ciertas fechas que el mundo se va a acabar, los mayas escribieron solo hasta el 2012 porque hasta ahí se completaba la piedra. Uno es el que tarde o temprano desaparece.

Lo cierto es que así como existe *La persistencia de la memoria* también existe *La desintegración de la persistencia de la memoria*, realizadas por el mismo genio creativo en diferente tiempo. ¿Por qué mi memoria sigue tan sólida?

Me van a explotar las neuronas. ¿Cuántas clases de tiempo hay? Mi personalísimo, muy mío, muy mi tiempo ha sido, no sé, trágico, a veces gracioso. Quizá algo así como entre Hitler y Chaplin.

¡Cuántas idioteces difíciles de clasificar he vivido! ¡He comido carne de perro!, quizá muy común para algunos, pero no para mí, y menos comerme a Cuquito. Fui a un viaje al Asia, mi novia llevó a la querida mascota, entramos a un restaurante, creímos que tenían una especie de guardería para mascotas en lo que uno comía, encargamos a Cuquito, esperamos pacientemente nuestro platillo tradicional, comimos, pagamos, muy caro, por cierto, y al solicitar que nos regresaran a nuestro perrito ¡se creó el caos! Entre la confusión del idioma y de lo que creí y no pregunte, ¡nos comimos a Cuquito! Resulta que al entregar a tu perro no era en una guardería sino al cocinero para que te lo prepararan al plato.

No hay fin del mundo, hay fin de una era, de una cosa, de algo, de alguien, este fin es constante, no solo yo me voy a morir, todos nos vamos a morir. De algún modo o de otro, ¿quién en la familia de mi novia se imaginaría que Cuquito iba a morir en una cocina deliciosamente preparado? De algún modo o de otro todo ser vivo terminara muriendo. Yo podría permanecer despierto, siempre despierto, aquí inmóvil, o solo viéndome dormir. Ya viví. Hubo momentos que quise detenerlos para siempre.

Poseidón cierra sus ojos, los abre inmediatamente, está indeciso, vive un dilema mayor que aquel de joven cuando cada domingo decidía si ir a misa o ver fútbol. En este momento la decisión es si permanece con los ojos abiertos o de plano cerrarlos, si los mantiene abiertos hay esperanza de prolongar el tiempo y esperar el milagro de que esas viejas rencillas sanen de algún modo antes de morir, si los cierra quizá no los vuelva a abrir, pero dejará de sentir ese terrible dolor. Decidió mantenerse despierto dialogando consigo mismo.

La era que yo viví se hundió, ¡se hundió el Titanic! ¡Qué más da que se muera mi época! Fue una época de guerras, de intolerancias absurdas, de fanatismos tontos, bueno, no



hay fanatismos inteligentes. Ahora sé que el pertenecer a una religión es algo arbitrario que puede ser marcado por tu lugar o familia de nacimiento, yo creo que pelearse por ellas es absurdo. ¡Cuántas cosas absurdas en este planeta de tsunamis y terremotos! Cosas absurdas como enterrar a los muertos en lados diferentes del panteón, cementerios que dividen a cristianos y musulmanes. Aun muertos están divididos. Ahora sé que el sentido común es el menos común de los sentidos. Como humanidad no hemos aprendido nada, nada, absolutamente nada, porque no solo de ciencia vive el hombre, ni la mujer. ¿A dónde vamos cuando nos interesamos más por creencias personales que por vivir todos plenamente? ¡Cuántas emociones nos dominan!

Ojala mis descendientes aprendan a controlar sus emociones, yo he reconocido las mías y se cómo estas inquietudes, sensaciones y temores me llegaron a traicionar. Tengo tanto que enseñar a mis nietos, ojalá los tuviera cerca para cultivar sabiduría. Seguro ellos serán libres de pensamientos y emociones que nos traicionan a nosotros mismos, ojalá ellos liberen su mente y sepan de lo que son capaces. Soy cobarde para hablar de mis pensamientos y de mis emociones y de cómo me traicionan a mí.

Bueno, de cómo me traicionaron, ¿ahora qué?, fue pasado, ya me voy a morir, pero de que me hicieron sentir impotente esos malditos pensamientos me hicieron fallar en tantas cosas. Malditos pensamientos. Identifiqué al enemigo bastante tarde. Debo reconocer que al culpar a otros de mis decisiones me veo como un pendejo.

Ahora sé que pude ser libre y poderoso. ¡Poderoso! Poder realizar hazañas es el verdadero poder. Dicen que todos somos especiales, creo que sí pero me di cuenta ya muy tarde. Hay tiempo de hacer enmiendas y mi tiempo se terminó. Pero sé que a pesar de que muchos dicen que la magia desapareció de nuestro mundo hace mucho tiempo, yo creo que apenas está por aparecer con su verdadera fuerza. Ojalá mis nietos sientan esa magia interior que hay dentro de ellos... ¡Pues sí! Es interior, está dentro.

¿Por qué es tan difícil dejarse ir de este mundo? Dejarlo cuando entiendes la vida. Dejar la vida social, dejar la vida conyugal, dejar la vida familiar, ¡dejar la vida! ¡Vida no me dejes! Todos nos queremos ir al cielo pero no nos queremos morir. ¿Será porque vivimos en un mundo de causa y efecto? Todos nos vamos a morir algún día.

Aunque ya está todo visto, todo se ha escrito, todo se ha dicho. Y lo digo porque me encanta el cine, no sé cuántas versiones de la misma historia me ha tocado ver, ¿Será señal de

que es hora de partir? ¡Hasta en las novelas hay tanto *remakes*! Historia tras historia que se repite cada tiempo. Sé que hay historias que merecen volver a ser contadas bajo la óptica de cada generación, pero ¿falta imaginación? En mi lecho de muerte veo lo mejor de mi época. ¿Qué de bueno vendrá para mis nietos? Ojalá que mucho porque yo no tengo nada valioso que dejarles. Sé que el 70 % de los que nos vamos a morir, es decir, todos, pocos tienen testamento, ¿y qué tenemos de valioso para dejar? No todo es tangible, mejor dicho, no todo es material.

Pero qué tenemos para dejar, qué deja nuestra época, nuestra era, nuestro paso por este mundo. Todo se ha dicho del siglo XX, lo cierto es que varios sucesos deben el juicio de la ¡audiencia pública!

Poseidón escucha una música circense, música alegre, es fácil sentirla con su entrada triunfal, sus trompetillas, fanfarrias, silencios, bombo, tuba, timbales y platillos, la gran música que parece anunciar una función de circo. Respira profundamente y grita: ¡esto es la vida! Las fanfarrias continúan con su tonalidad espectacular.

La música es encantadora, Poseidón recuerda su infancia y las visitas al circo, esas funciones llenas de magia, colorido y animales feroces en acciones sorprendentes. Ahora en su alucinación se ve en el centro entre bailarines vestidos de arlequines unos, de payasos otros, todos bailando, ve también reporteros esperando recibir una noticia, vendedores de periódico con sus columnas en blanco, no hay noticia. De repente todos desaparecen, músicos, reporteros, payasos y bailarines, todos se esfuman, surge un silencio, Poseidón ve la habitación completamente sola, siente algo atrás de él, voltea y es un gran reloj de arena justo en la cabecera de la cama. Lo mira de abajo hacia arriba, al volver la mirada al resto de la habitación se da cuenta que está dentro de una corte, mira al jurado, varios parecen conocidos, también se encuentra una tribuna para el acusado, la tribuna se encuentra vacía, observa la sede del juez, esa silla en un tribunal que está colocada en un lugar un poco más elevado del común de los mortales, la silla está ocupada por alguien que le dirige una mirada inquisitiva.

Al ver el tribunal, el corazón de Don Poseidón palpita más fuerte, sus labios tiemblan al igual que sus piernas. Presiente un juicio a sus actos, un juicio que conscientemente no desea, se resigna e intenta evadir cualquier veredicto. Busca entre sus recuerdos las acciones de otras personas para desviar a otro lado las intenciones del enjuiciador. Levantándose de su cama se dirige al juez para comentarle sobre las andanzas de otras personas.

Recuerdo a mi amigo Homero que llegó a vender agua, simple agua de la llave sin nada más, presentándola como agua milagrosa de manantial, ganó dinero suficiente por un buen tiempo. Esta anécdota me recuerda a aquel personaje exitoso que hace años fue eliminado de las radioemisoras de la Cuba de Fidel Castro, ese programa como lo disfrute. Creo que después lo clonaron en la cuba de un Fidel ya en decadencia física.

Hay muchos personajes señor juez que deben estar en esta audiencia pública para juzgar a nuestra época, pero hay uno representativo y debemos traerlo desde donde ahora se encuentre, es precisamente a Fidel Castro en calidad de Trespatines, que es como se llamaba este personaje que me recordó a mi amigo Homero.

¡Mira que eso de querer reprimir el humor! Está claro que los políticos y la política dan y han dado desde siempre para crear muchos chistes, aquí y en cualquier parte del mundo, pero de eso a crear una aberrante comisión de censura, aunque muchos emigraron de Cuba más por razones económicas que ideológicas. ¡La panza es primero!

Señor juez, los que merecen indulto en este juicio son los que nos hacen reír, al fin y al cabo el humor siempre nos presenta algo cierto, eso sí, con delicadeza, creo yo.

El juez pacientemente ha escuchado a Poseidón, explorándolo frente a frente, conoce bien el escenario de la justicia y sabe ubicar a cada quien en el gran teatro del enjuiciamiento.

—Yo soy el Señor Juez y decido a quién juzgo, cómo lo juzgo y a quién indulto. Para eso soy la autoridad.

Poseidón insiste en desviar al juez de su persona y canalizarlo por otro rumbo: juzgue a Fidel Castro. “La historia me absolverá”, “me absolverá y hasta profeta me nombrarán” parece gritar el referenciado desde lo profundo. Poseidón responde: la generación que viene te olvidará, quizá hasta olvidará los mitos de la Cuba que forjaste, los mitos de que las mujeres tienen sexo a cambio de regalarles *jeans* o cosméticos. Aunque en cualquier parte del mundo durante siglos se ha obtenido sexo a cambio de costosos regalos. Lo cierto es que la memoria cada vez es más blanda, caray, con el tiempo todo se hace blando menos la autoridad bribona que me quiere juzgar. Ciertamente que cuando yo nací era absurdo pensar en un presidente negro en Estados Unidos, nos quedaba claro su racismo, difícil creer en un Papa que de entrada no fuera italiano, mucho menos ni siquiera de Europa, pero también era inimaginable pensar que el agua se vendería embotellada, que existiría tanta pobreza en el mundo. No señor juez, no soy yo a quien debe juzgar.

El juez observa inquisitivamente a Poseidón, con voz pausada, pero en tono firme le aclara:

—Yo soy el Señor Juez. ¡Soy la autoridad! Y pido orden. A quien vamos a juzgar es a usted.

—¿A mí? ¿A mí por qué? Usted va a juzgar las vidas y las historias de...

—Yo lo voy a juzgar a usted.

—Entre el pasado y la memoria personal de todos los que desmadraron o mejoraron la vida en el último milenio está el gran juicio para reflexionar sobre el futuro.

—Cállese.

—Cállese usted. ¿Qué derecho tiene de callar a un testigo del horror vivido en absurdas guerras, a un testigo fiel del combate entre la vida y la muerte?

—Deje le digo señor Poseidón, que antes de cada revolución ha habido soñadores que pretenden una mejor forma de vida, lograr para sus semejantes lo más sagrado, el llegar a ser verdaderamente seres en plenitud. Esos hombres soñaron en la grandeza de sus pueblos. Así que no quiera desviar un personalísimo juicio para usted en un juicio para toda la humanidad.

—Yo soy parte de la humanidad y volviendo con esos soñadores, una vez que ganaron sus batallas para lograr la grandeza de sus pueblos, después soñaron en la grandeza de su ego, de sus carteras, de su vanidad, de su patrimonio...

—De hacer justicia, de terminar con el hambre, con la esclavitud para tantos seres humanos.

—Al final de cuentas y de cuentos, en lugar de cambiar el destino de sus pueblos, solo crean imágenes de culto histórico.

—Mire señor Poseidón, lo cierto es que desde que el hombre es hombre, la ambición ha transformado las revoluciones a la conveniencia de algunos. Pero siempre vuelve otro grupo de soñadores, nuevos sueños.

—Quizá la misma lucha.

—Siempre han existido dos bandos, a veces hasta un tercer bando de equilibrio, siempre ha sido igual en los movimientos que generaron naciones y sociedades, ya sean imperialistas, fascistas, autoritarias, capitalistas, comunistas, socialistas, hasta bananeras.

—Persiste el mismo conflicto en el ser humano, Señor Juez.

—Yo vine a conocer el conflicto que existe en usted, señor Poseidón.

—El conflicto que tenemos los seres humanos es esa sensación de esclavitud, de ser esclavos a pesar de que la esclavitud fue abolida, la esclavitud pasó a ser la nómina. Lo cierto es que los hombres somos esclavos de los horarios, de los celos, de tener que trabajar para comer, somos esclavos de tantos sentimientos, de tantas máscaras. Hablando de esclavitud, en plena era de hermanamiento universal por medio de la información globalizada, ¿cómo es posible?, ¿todavía se sigue traficando con seres humanos!

—Otra forma de ser esclavos es infringir las leyes. Nos vuelve a todos esclavos de la inseguridad. Y hablando de inseguridad, usted se siente inseguro de hablar de su particular conflicto interior. Usted tiene miedo de ser juzgado, señor Poseidón.

—¡Qué va Señor Juez! Respetadísimo Señor Juez.

—No sea lambiscón. Debería existir una ley para castigar a los que adulan para evadir sus responsabilidades.

—Usted quiere evadir el juicio a toda una era que está dejando un mundo a punto de morir.

—No sea alarmista. Si bien es cierto que vivimos cruentas guerras, también hemos conquistado el ciberespacio, hay tantas letras para comprender el presente y descifrar el futuro.

—He sido el juez durante muchos años, más de los que usted pueda imaginar, aquí y en varios lugares más. Soy un juez experto. Escuché a Al Capone decir: “este sistema americano, llámalo americanismo, llámalo capitalismo, llámalo como quieras, da a todos y a cada uno de nosotros una gran oportunidad; solo apodérate de él con ambas manos y consigue lo mejor de él”. Vi el juicio de este gánster cuando fue a prisión por evasión de impuestos. Escuché a Martin Luther King decir: “yo tengo un sueño...”, lo escuché exigir las libertades para que sus hijos vivieran en un país donde no fueran juzgados por su color. Pero antes vi a Rosa Parks quedarse sentada en el camión para que otros se levantaran a combatir la segregación racial. Ella aclaró su sentimiento cuando dijo: “no recuerdo haber sentido rabia ese día. Me sentí con la determinación de tomar como una oportunidad para hacerles saber que no quería que me trataran de esa manera y que la gente había aguantado demasiado”. Su mensaje fue claro: “tardamos mucho en comenzar a protestar y hacerle saber a la gente que teníamos el derecho de ser libres, tratados con igualdad y tener las mismas oportunidades que todos los demás”.

—¡Qué bárbaro Señor Juez! Vio parte del desarrollo social después siglos de atraso, bueno también vio parte del desarrollo criminal, esos siempre adelantados, ¿también ha visto el desarrollo de tanta tecnología?

—Claro. Cuando surgió la radio fue posible que millones de personas escucharan las noticias y se enteraran, sin importar su clase social, juntos, todos al mismo tiempo, de las cosas importantes que ocurrían en el mundo. Con la radio parecía por primera vez en la historia, que el mundo entraba en las casas de nosotros. Ahora es otra época. Pero hay cosas que hoy nos parecen simples, sin embargo, han transformado la vida de toda la humanidad.

—¿Cómo cuáles?

—Las máquinas que lavan ropa, lavan vajillas, aspiran polvo, afeitan, secan el pelo, enfrían o calientan alimentos, el papel de baño, la televisión. Y qué decir de las guitarras, pianos y todo lo que produce música, aparatos sin los cuales muchos músicos no sonarían igual.

—Imáginese Señor Juez que no existiera el papel higiénico, ni periódicos. No me imagino que a falta de papel de baño usara las noticias digitales de una *iPod* para limpieza. De que hay ideas que cambian el mundo, las hay. Cuando menos cambiar el mundo de cada quien.

—Hablando de su conflicto...

—Estaba pensando en este conflicto general que es la esclavitud, ¿quién habrá tenido la idea de tener personas como propiedad?, ¿cómo surgió esta idea?

—No lo sé, como tampoco sé cómo surgió esa gran idea de inventar la rueda, es genial, ¡imáginese un mundo sin ruedas!

—Es como imaginarse un mundo sin imprenta, sin redes sociales, sin fotografía, sin internet, sin medios masivos de comunicación... la información al alcance de todos. La computación fue una idea genial, esto del procesamiento de datos. Hoy hay tantas cosas que eternizan los momentos que deseamos guardar para siempre.

—Nada es para siempre, solo el infinito, que es otra gran idea para describir la suposición de eternidad. Esta gran idea de lo sin límite. Volar, que gran idea, seguro surgió de querer tocar el cielo.

—O para desplazarse más rápido, vivimos tan de prisa.

—También se ha definido la capacidad de decisión de cada persona y se llama libre albedrío. También surgió otra gran idea para definir reglas claras a la hora de vivir en sociedad y se llaman leyes.

—También se inventó el dinero como medio de intercambiar bienes, servicios y favores.

—No hay favor que salve a un alma de su propio juicio, el alma vive en estrecha relación con su cuerpo.

—¿Con el mío?

—¡Cada quien su alma! ¡Cada cual con su cuerpo!

—¿Con el mío?

—¡Sí! Con el suyo, con su juicio.

—No sé quién lo dijo, pero es muy cierto. Todos tenemos una debilidad perdonable.

—A estas alturas de tantos siglos y tantas vidas, ya todo está dicho, desde definir las sustancias básicas que sirven para construir la materia prima de este mundo en la tabla periódica de los elementos, hasta definir las leyes de la robótica. Estos agentes mecánicos llamados robots o autómatas tienen su código. Y usted como todas las personas también tienen un código, tiene miedo a contar sus secretos.

—Así que usted también leyó a Isaac Asimov. Conozco las tres leyes de la Robótica. Uno: un robot no puede hacer daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño. Dos: un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la primera ley. Tres: un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que tal protección no entre en conflicto con la primera o segunda ley.

—Usted no me ha traído hasta aquí, hasta su sueño de agonía, para recitarme leyes, piénselo, es absurdo que alargue tanto este diálogo, usted no busca filosofar sobre historia, usted desea confesarse, desea un juicio absolutorio, usted desea morir en paz, pero teme tocar el tema, entiéndalo, debe tocar el tema cuanto antes, ellos ni siquiera saben que usted los necesita, ni siquiera saben que se está muriendo, es mejor que lo juzguen vivo y hagan las paces. No permita que le hagan daño, no haga daño por inacción, obedezca cuando ya le han dicho que muera lo más saludable que pueda y obviamente se refiere a su salud emocional. Me ha traído porque desea...



Poseidón interrumpe abruptamente al juez:

—Deseo un verdadero amigo, uno que me pueda decir la verdad sobre mí mismo.

El juez responde con voz compasiva: —Usted no pudo tener amigos porque jamás hablo de cosas importantes con alguien.

—Me ha entristecido usted.

—Yo no veo tristeza en usted. Lo veo necio en su actuar y en su mirada veo un hueco.

— ¿Estoy muerto?

— ¡No! Quiero decir que se observa un gran vacío en su forma de mirar.

— Un gran vacío en la mirada y lleno de secretos en el corazón.

—Primero se guarda un secreto, después otro, luego muchos más, jamás se libera. Sin embargo, debe saber usted señor, que he juzgado a millones y nadie está en posición de condenarlo, ni de criticarlo, mucho menos de censurarlo.

—Ah, pero como murmuran.

—Siempre las personas han buscado a alguien para usarlo de espejo y reflejar todas sus culpas en ese alguien más.

—Tengo una duda Señor Juez. ¿Con base a qué, cómo fundamenta una sentencia?, ¿cómo la fundamenta razonablemente?

—Mire usted, para argumentar jurídica y lógicamente se requiere coraje profesional y ética personal. Además, existe una ideología *ius filosófica*.

—O sea que en la motivación de una sentencia se mezclan aspectos subjetivos, objetivos, racionales, irracionales, ideológicos y quizá hasta políticos.

—Pues la verdad, ¡sí! A pesar de todo hay que admitir que en los órganos judiciales muchas decisiones son por causas distintas a la racionalidad legal. Por favor no diga lo que le he confesado. No deseo lastimar a nadie. Lo que pasa es que la gente quiere una justicia divina y en los tribunales solo hay humanos. Además, la ley es el reflejo de una civilización, se modifica con la época. Yo solo emito una opinión fundamentada con tantos años de experiencia y sabiduría en un momento determinado.

—O sea que los jueces están condenados a cargar con la responsabilidad de sus sentencias. Una responsabilidad ejercida en total libertad.

—Mire, la verdad es que una vez emitida una sentencia, a nadie le importa el cómo se fundamentó razonablemente. Si es desfavorable jamás se podrá convencer a alguien de que la sentencia es correcta. Y si es favorable, no le importaran los motivos. Ahora le toca a usted.

—¿Me toca qué?

—Una confesión. Yo le he hecho una confesión. Es justo que usted me ofrezca alguna.

—En la vida suceden muchas injusticias.

El juez se enfurece en silencio. Da un tremendo manotazo sobre su escritorio y observa con tristeza a Poseidón, quien respira profundamente y dice:

—No puedo morir en paz, tengo un pleito sin resolver, es con mis hijos. Quisiera conocer a mis nietos tan solo para dejarles un mensaje antes de morir, pero no sé dónde viven ni como localizarlos.

—¿Hay algo más que desee confesar?

—Dijimos que solo una confesión. Estamos a mano.

—Pero la confesión más profunda y cruel se la ha guardado. Recuerde que estoy aquí porque usted mismo me hizo venir. Sé cuál es esa confesión. Y para eso no existe absolución, tendrá que vivir, bueno ha tenido que vivir con eso, ahora es morir con eso.

—¿Entonces para qué quiere que se la diga?

—Porque usted necesita decirla, ¡necesita liberarse! Deje su agonía y váyase en paz.

—El que se va es usted.

Debo aclarar que mi amigo en su lecho de muerte me confeso lo cobarde que fue para enfrentar consigo mismo lo que le impedía pasar a mejor vida y expirar tranquilo. Esa sensación del deber cumplido como persona, según mi amigo, es importante a la hora de morir.

Poseidón vuelve a escuchar esa música alegre y encantadora que anuncia una función de circo. Vuelven a aparecer los bailarines vestidos de arlequines y de payasos, también circulan los reporteros que esperan recibir una noticia. Los vendedores de periódico caminan mostrando las portadas con sus columnas en blanco. Todos bailando rodean la cama de Poseidón que los escucha murmurar palabras que se mezclan entre sí, palabras que Poseidón siente acusatorias: “tú con tu destino”, “nietos, nietos, nietos”, “tú con el destino”, “destino,

destino, destino”, “tú, tú, tú”, “Poseidón, Poseidón, Poseidón”, “hijos, hijos, hijos”. ¡Cállense!, grita Poseidón, al instante todos desaparecen.

Queda solo el moribundo, en silencio solo y su consciencia, solo y sus recuerdos, solo y sus culpas, solo y sus miedos. Queda solo. Desea callar su mente para evitar pensamientos desagradables.

Empieza a hablar para sí mismo: todo parece tan obvio cuando te preguntas si lo que vas a hacer está bien o está mal. Parece que el sentido común es el menos común de los sentidos. Una vez leí que durante las guerras del opio en China, los ingleses descubrieron que lavarse las manos antes de atender un herido disminuía el número de muertos. ¡Obvio!, y lo descubrieron hasta el siglo diecisiete. Durante nuestras vidas no percibimos cosas esenciales, parece que la sabiduría es fácil pero no hacemos caso a nuestros instintos. No soy el único. La historia no me deja mentir.

Mi matrimonio, era obvio que ya no estaba funcionando, no puedes seguir casado si tienes que dormir despierto por el miedo de que tu esposa te vaya a castrar. La mujer que más amé en mi vida y con la que sentí mayor intensidad en el amor, fue con quien después me dio miedo dormir a su lado.

Todo empezó cuando leí que el cinco por ciento de los seres humanos viven sin tener sexo. ¿Qué nos pasó? Jamás me sentí tan mal de formar parte de una minoría nada selecta. Hubiera preferido ser parte del común de los mortales. Pero mi esposa quería tener mucho poder de decisión dentro del hogar y a mí me educaron diferente. A ella también la educaron a la antigüita, pero cambió, demasiado rápido creo yo.

Deje de mandar en mi casa, ya no decidía yo nada, creo que debí dormir tranquilo, total, ¡ya me había castrado! Pero eso no es lo que no me deja partir en paz. Gracias a Dios finalmente mi esposa y yo nos perdonamos absolutamente todo, había mucha paz en su mirada, ojalá viviera, pero murió primero que yo. Me pareció muy injusto, debí morir primero yo, cuando ella murió todo lo tenía en orden, pude haber partido sin pendientes.

Qué tiempos aquellos en que el poder en la familia y en la comunidad lo tenían los abuelos, por la experiencia que tenían al vivir tantos años eran sabios. Después el poder pasó a los padres, eran los que tenían trabajo y mantenían a la familia. Ahora el poder lo tienen los más chicos, los hijos tienen acceso a tanta información. Pero bueno, la información de nada sirve si no se logran buenos objetivos. Lo cierto es que hoy en día son los niños los que saben

que es lo que está ocurriendo en el mundo. ¡Cuántos conflictos hay en tantas familias! Falta convivencia familiar.

Hay que hacerle caso a Carlos Slim, por algo es el hombre más rico del mundo, estoy de acuerdo que en el mundo entero se debería tener una semana laboral de tres días, 10 horas diarias, un total de 30 horas por semana. Todos tendríamos más tiempo para la familia, para hacer tantas cosas interesantes y novedosas. Creo que además se ocuparía más gente que necesita trabajo. Pero creo que hay muchos intereses para que siga existiendo hambre y desempleo, me parece ilógico este mundo cuando se supone que somos seres inteligentes, es obvio que no, al menos no mi generación. Ojalá la era que viene sea de hermanamiento, que estos problemas de hambre y desempleo que existen en muchas partes del mundo se resuelvan de una manera justa, que se valore la sabia intuición, que se aproveche un desarrollo cultural, científico y tecnológico, pero que sea un desarrollo que alcance para todos los seres humanos en el mundo, para mis hijos y mis nietos.

Tengo fe en que la era de mis nietos es de prosperidad, de paz y de abundancia, de todo lo bueno. Quizá no tenga tanta fe, si no ya me hubiera muerto tranquilamente, pero necesito hablarles. Es obvio que no quiero decir nada aún, quizá tenga miedo de que, al resolver mi conflicto interior, el pleito con mis hijos, y dejar el mensaje que quiero hacer llegar a mis nietos, ya nada me detenga en este mundo, entonces ya pueda morir en paz.

¿Alguien llega a preguntarse alguna vez durante su vida, cuáles serán sus pensamientos antes de morir? No todos tienen tiempo de pensar tanto mientras se muere. De lo que nos sucede por no ver lo obvio, por ejemplo, en la economía, muchos piensan que hay que vivir del crédito, pero tarde o temprano hay que pagarlo, ¿tienes para pagar todo lo que gastas? Esto nunca lo entendió mi hijo. Muchas veces le llegué a decir: si ganaste tres y gastas tres, bueno, no es lo ideal pero vas bien, si no bien, si regular, pero si ganaste solo dos y quieres gastar tres, entonces ya vas mal. Le llegué a decir a mi hija: hija mía, ahorrar no es comprar algo con descuento. Siempre supe que las matemáticas no fueron mi fuerte, pero me pregunto, ¿cuál es el sentido común de las finanzas?, porque luego mis hijos querían que yo resolviera los problemas económicos que ellos mismos se habían causado por su falta de sentido común. Y fue falta de sentido común, no de dinero.

Todavía recuerdo cuando mis hijos me dijeron: papá, si hipotecamos o vendemos tu casa que está muy grande, compras una más pequeña en otro sector más económico, si nos

ayudas reduciendo tus gastos mensuales y con lo que te ahorras nos apoyas a saldar nuestras deudas... no supe si reír o llorar. No supe si fueron ingratos, ingenuos, perversos, tontos o demasiado inocentes. Les faltó sentido común y desear que yo siguiera viviendo cómodamente, total, ya me lo había ganado. ¿Qué me faltó para educarlos adecuadamente?

Ojalá mis nietos si aprendan a confiar en sus instintos, la gente cree que las respuestas a los problemas están ocultas en soluciones demasiado complejas, pero en realidad están en ideas simples.

Creo que a mis hijos les faltó la gasolina suficiente para dominarse a sí mismos y poder lograr su propia prosperidad, pero sé que no debo juzgarlos, ni ellos a mí. Yo también fallé en dominar mis instintos, pero yo deseaba para ellos lo mejor, deseaba que esa inconformidad natural que tenemos todos lograra en ellos ser mejores personas. Para mí era patético verlos tan dependientes de mí y de la misericordia de su madre para resolverles sus problemas. ¡Que patético! Tan adultos y tan dependientes.

No cabe duda que el ser humano es un animal de costumbres, mis hijos se acostumbraron a que sus problemas los resolvía papá o mamita. Yo no quería tener esos clásicos hijos tontos que todo mundo desprecia mientras los saluda amablemente.

Poseidón cierra los ojos, respira cansado, siente un poco de frío, de momento da por terminado su diálogo interno, no lo sabe pero son las tres de la tarde, en estos momentos para él cualquier hora es buena si de dormir se trata, siempre y cuando en verdad la mente se quede callada, así que pide a la enfermera una cobija, parece que ahora sí lograra silencio interno. Necesita descansar, una sensación en la espalda y otra en los ojos le recuerdan que debe hacer lo posible por descansar, por dormir, por dejar de pensar. Tantos días recostado en su cama y apenas hoy dormirá la tarde pues durante estos días de agonía y soledad ha sido presa constante de alucinaciones, ahora necesita volver a sentir esa paz de un niño durmiendo. También en días pasados contrató los servicios profesionales de una enfermera, como él mismo diría, para matar dos pájaros de un tiro: tener alguien con quien platicar y recibir lo más cotidiano posible los cuidados profesionales en lugar de solo visitas aisladas del doctor.

En realidad, yo creo que la contratación de la enfermera fue más por las necesidades de mi amigo de contar con alguien que le ayudara a poner en orden sus pensamientos, alguien que vinculara sus emociones con su existencia como persona moribunda, que nada más por recibir atenciones en su tratamiento. Eso que me comentó de matar dos pájaros de un tiro, en realidad

sé que solo fue por tener alguien con quien platicar. De hecho, como lo veremos más adelante, una vez que la enfermera apareció en la etapa final de la vida de Poseidón fue más fácil para él desprenderse de ese secreto que durante tantos años apagó su voz, quemó la esperanza de vivir la vida que deseaba vivir junto con quienes la quería vivir. Cuando me enteré de este secreto, en realidad comprendí lo complejo que fue vivir así. Entendí el enigma cuando él me platicaba de esa sombra en que se convirtió al estar dentro de su casa, mirar diferente la luz, el jardín y en silencio llorar la esperanza perdida, llorar por sentir sus brazos fríos e inútiles.

Lo cierto es que desde la llegada de la enfermera es más fácil para Poseidón dormir pacíficamente durante el día, por las noches en la soledad de su agonía es cuando aparecen los pensamientos sobre las interrogantes de su vida y de su muerte, de sus culpas y dolores, además recrea imaginariamente algunos placeres que quisiera volver a sentir. En las noches es cuando vuelven los avisos que todos quisiéramos recibir, esos que nos dan la oportunidad de morir en paz.

Recuerdo esa mirada, los ojos de mi amigo se dirigían a mis ojos para platicarme un misterio que vivió durante su trance, un misterio que a continuación les relataré. En esa noche del misterio en cuestión, estando mi amigo solo en su habitación, vuelven a aparecer a su alrededor bailando arlequines y payasos acompañados de reporteros, todos al ritmo de la alegre música circense, solo aparecieron por unos instantes, fue una visión repentina, en un abrir y cerrar de ojos la calma vuelve a la habitación. Así como aparecieron se esfumaron.

Poseidón se quedó desconcertado, los vio como si fueran fantasmas, un poco asustado empieza a controlar su respiración, inhala tranquilamente para relajarse, cierra los ojos, empieza a rezar, vuelve a abrir los ojos, mira el techo, levanta su brazo izquierdo con este reiterado deseo de querer tocar el cielo, su dedo índice apunta al techo, que se abre exponiendo el espacio celeste ante sus ojos, en el cual aparece un hombre de gran tamaño y de avanzada edad, su cabello y su barba muestran unas canas resplandecientes, viste una túnica púrpura un tanto pálida, casi blanca. Este Gran Hombre flota en el aire y ante los ojos de Poseidón se acerca poco a poco hasta que cruza los límites del techo para introducirse a la habitación sin dejar de flotar. Poseidón observa el suceso, no es un fantasma, se aprecia un hombre real de carne y hueso flotando frente a él, se ve muy diferente a las otras visiones, a este hombre lo percibe demasiado tangible, está presenciando una realidad, pero a su vez una sensación de relacionarse con Dios lo hace estremecerse por dentro, tiene una confusión, siente un ambiente

de divinidad pero a la vez una gran empatía, como si este hombre que flota frente a él fuera una persona de tantas que llegó a visitarlo, por esta confusión se refería a su visitante como el Gran Hombre y cuando me platicó por segunda ocasión esta experiencia lo llamo Gran Ser. Conforme el Gran Hombre se acerca, estira su brazo derecho apuntando a Poseidón, extendiendo su dedo índice al lecho de muerte de quien vivió sus mejores momentos en una era de creación y transformación. Poseidón alcanza la gran mano del hombre celestial con la aparente intención de saludarlo, pero lo atrae con fuerza ante sí quedando el Gran Ser acostado sobre el mismo Poseidón, frente a frente y le pregunta: ¿eres Dios? El ser, bajado forzosamente del cielo, no responde, por el contrario, pregunta: ¿tienes miedo de tu destino?, ¿crees que el único destino al nacer es morir?, ¿sabes que tus creaciones pudieron haber generado resultados inmortales?

Ahora el Gran Ser se levanta, camina frente a la cama, mira a quien lo atrajo y le dice: levántate, yo no te voy a juzgar, voy a escucharte. Poseidón responde: ¡todos queremos ser escuchados!, sobre todo para empezar, por ti. Respira lentamente, se siente con fuerza y ligereza, como si no estuviera muriendo, se pone de pie, camina en silencio, medita con calma lo que quiere decir y continúa hablando.

—Antes de tratar asuntos muy personales, quede claro que los voy a tratar, no voy a perder la oportunidad de tenerte frente a frente, pero por lo pronto hay algo que me inquieta y no sé cómo plantearlo.

Poseidón toma su tiempo, observa al Gran Ser, parece que en su interior habita una lámpara, su llegada alumbra la habitación. Le quiere hablar, pero tiene la sensación de que este Gran Ser, así lo percibe, es un dios que puede acceder a la consciencia sin perturbarlo y le produce tranquilidad, le genera una emoción de armonía, de amistad, de unión, y además es alguien que conoce sus pensamientos, sus sentimientos, lo que ha hecho y lo que quiere hacer. ¿Cómo hablarle a alguien que sabe todo sobre ti, que seguramente sabe lo que le quieres decir? Pero él tiene que hablar y va a tratar de explicarse de la mejor manera. Así que según me platicó mi amigo, estas fueron sus palabras.

—Estoy consciente que soy parte de una generación, que mi generación es parte de toda una época, un siglo, un milenio, soy parte de toda una era y quisiera tener la certeza que todo lo que sé, lo que viví sirvió de algo. Hubo tantas ideas que han cambiado, que cambian y cambiarán al mundo, sé que hay hombres y mujeres capaces de transformar de manera enorme



este mundo, me agobia la falta de inspiración para que la gente pueda salir de sus corazas. ¿Pero qué he hecho yo? Me doy cuenta de tantas cosas ya cuando estoy a punto de partir. ¿De qué están hechos los pensamientos? No logro poner orden a lo que quiero decirte. Me pregunto si mi espíritu inspirador murió hace tiempo. ¿Al morir dejó algo que valga la pena haber vivido? No me refiero a los placeres ni a las sensaciones más bellas que disfrute, sino, por ejemplo, yo creo que en mi vida presencié los dos eventos que dejaron la huella más significativa de nuestra era, tanto la presencia del hombre en el espacio como el viaje al interior de nuestras células. Toda esta exploración espacial nos permite ver desde afuera nuestro planeta, tener una idea de cómo se ve el universo, no para sentirnos pequeños, sino de percatarnos de que somos parte de un inmenso sistema. Y con el desciframiento del genoma humano podemos afirmar que el hombre ha llegado al núcleo de sus células. Estos dos grandes acontecimientos de nada sirven si no construimos un mundo mejor, porque por ahora el hombre ha dado un pequeño paso para crear la comida llamada alimentos Frankenstein, deja tú los modificados genéticamente, ¡imagínate comer plástico! Tengo furia y rencor por el daño que me causó tanto veneno que comí sin darme cuenta. ¡Pude haber vivido más años! ¿Por qué a mí? Contéstame ¿Por qué a mí?

El Gran Hombre permanece callado, observa, solo observa y escucha. Poseidón espera una respuesta que no recibe, se enfurece, calladamente mira frente a frente a quien no le responde. El Gran Hombre da unos pasos hacia atrás colocando sus brazos a la espalda, sus manos cruzadas reposan sobre sus caderas, entonces dice: ¿por qué a ti?, la respuesta te llegara más pronto de lo que te imaginas. En cuanto a tus palabras, tu sabes que todo eso que dijiste en verdad no era tu prioridad para platicar conmigo, por lo pronto te diré que una acción que dejará huella en este mundo será no desperdiciar los alimentos, es tanto lo que se desperdicia que en realidad no debería haber personas que sufran por hambre, no es necesario generar mucho más alimento del que producen, alimentos sobran, abasto es el que falta, claro que hay que distribuirlo con sabiduría, habrá ganancia a quien lo logre, he visto países, regiones, ciudades que sin falta de alimentos tienen comunidades muriendo de hambre. Ahora con la biotecnología pueden producir mejor alimento, sin tóxicos y claro sin ocasionar erosión al planeta. El problema sigue siendo la distribución y el abasto, tú fuiste testigo del deliberado desabasto de alimentos en las colonias pobres de tu ciudad y no hiciste nada. ¿Qué sentido tiene todas las palabras con las que me recibiste? Inesperadamente lanza una pelota que

Poseidón atrapa para devolverla inmediatamente mientras habla: Sí, me enteré que cuando los comerciantes de la central de abastos quisieron distribuir frutas, verduras y abarrotes a bajo precio en las colonias populares, los dueños de la cadena PoorMart advirtieron a los comerciantes que de hacerlo los eliminarían como proveedores de la cadena. Si me enteré, prácticamente los obligaron a no ofrecer en las colonias a bajo precio las frutas y verduras a cambio de seguir vendiendo con ellos al mayoreo. Pero cuando eso sucedió ya me habían diagnosticado mi enfermedad. Por favor, espero recibir pronto la respuesta al ¿por qué a mí? Lo cierto es que independientemente de la respuesta yo ya me fastidié, ¿por qué a mí?, ya no importa, pero sé que mi hija está embarazada y quisiera que el bebé que está por nacer... Una pregunta primero, ¿por qué pudiendo ser de otra manera, más sencilla, menos dolorosa, los embarazos y nacimientos son así como son?

El Gran Hombre que ya había atrapado la pelota, la devuelve en cuanto Poseidón dejó de hablar para responderle: es brillante como la naturaleza los involucra para procrear, sugiere un compromiso más allá de la simple reproducción, a veces esta sugerencia fracasa. Ahora con tantas posibilidades que hay en la vida seguro a tus nietos varones les tocara sentir en su vientre los mismos movimientos con igual intensidad que los que sientan sus mujeres durante el embarazo. Es cuestión de tecnología y creatividad.

—Hablando de mis nietos, ¿qué sucederá con los que están por llegar?, —pregunta Poseidón y vuelve a lanzar la pelota.

—Ese ya no es asunto tuyo, ya no, no en estos momentos. Para que exista una nueva era necesitan aceptar esa responsabilidad. Y te recuerdo que tus nietos no nacerán para morir, sino por el contrario, las personas nacen para vivir, amar, gozar y crear, todo esto en un tiempo lamentablemente corto para algunos y demasiado largo para otros. —Con esta declaración El Gran Hombre devuelve la pelota a Poseidón, quien la guarda sin decir nada.

—Si aún no me quieres seguir, está bien, te esperaré, es una concesión que hago pocas veces, tú sabrás porque la he hecho contigo. —Mencionando esto, el Gran Hombre desaparece.

Poseidón abre los ojos, observa el techo, se observa acostado pero su pulso aumenta en cuanto se percata de tener la pelota en sus manos, ya no está soñando, está consciente, observa el reloj, falta poco para que llegue su enfermera, matara el tiempo girando la pequeña pelota

entre sus manos, pensando en cómo desperdició la oportunidad de hacerle tantas preguntas a quien seguramente era Dios, que de algún modo conocido se presentó en sus sueños.

Me platicaba mi amigo de cómo lamentó no haber aprovechado esta oportunidad durante esta experiencia de estar en sueños vividos o en visiones palpables frente a quien reiteradamente afirmaba que creyó, con toda seguridad, que era Dios, ¡así lo sintió!

Mientras me platicaba esta vivencia dejó claro que fue una oportunidad desaprovechada, estaba seguro que de haber logrado en ese momento desenmascarar su agonía se hubiera evitado una experiencia escalofriante sufrida tiempo después. Fue una noche terrible para Don Poseidón, no solo fue sufrir los tratamientos por su estado crítico, sino que además del constante dolor, ese día se manifestaron tormentos de mayor intensidad. —No puedo dormir por culpa de esta somnolencia que me hace alucinar extravagancias y decir estupideces, —es la conjetura que se dice Don Poseidón antes de cerrar los ojos intentando reposar. Sin embargo, al caer la noche, cuando la enfermera ya se ha retirado, estando solo en su habitación, antes de dormir, se percató que aparece, de la nada, junto a él, algo que no conoce. Una espeluznante sensación le eriza la piel. Un terrible susto agobia a Poseidón. Observa erguida frente a él la camiseta blanca con la stampa de su imagen en sombra negra, la camiseta está perfectamente bien puesta, como si alguien la portara, alguien que solo se siente, pero no puede verse. Su piel se mantiene erizada, su corazón acelerado, su estómago vibra de miedo. No ve a quien porta la camiseta, pero ese alguien está sentado en la cama observándolo, una parte del colchón se sumerge como si recibiera el peso de un cuerpo. Este fantasma provoca una sensación de angustia a Poseidón. Jamás deseó vivir una experiencia paranormal, le perturba la sensación de tener ese espectro frente a él. Sus sentidos le indican que es una visita desagradable con intenciones de dañarlo.

—Te puedo curar y dar una vida más larga. En estos momentos soy para ti más eficaz que Dios, entiendo tus placeres, tus temores y tus deseos, pero todo tiene un precio, — dice con tono espeluznante el ente que está sentado junto a Poseidón. Su voz es un sonido profundo y ceremonioso y cuando termina de hablar, Poseidón siente como si alguien dejara su cama, el colchón vuelve a su forma plana. Observa caer la camiseta, quedando tal cual prenda vacía en el suelo, la sombra estampada se desprende y se rehace en un cuerpo humano, un cuerpo de sombra, de aire denso sin rostro, es una masa oscura que se mueve con agilidad dejando escuchar de nuevo su siniestra voz.

—Tu vida fue un desperdicio. A ustedes les encanta sufrir, les gusta ese pequeño instante de sensación cuando desaparece el sufrimiento. Pues ese instante es el que te doy por más tiempo, tan solo por el castigo que tú mismo te impones por tus culpas. Te puedo enseñar a vivir con pasión, a lograr tus deseos a pesar de lo que sea. Te digo que la vida es para gozar, pero te aclaro que la felicidad es otra cosa. Tú decides si tenemos un trato, yo jamás te voy a juzgar por la mentira de tu silencio. Se lo que estás pensando. No me repliques ni con el pensamiento. Aprende que negar la existencia de lo que deseas ocultar es mentir, y eres culpable, no te juzgo, solo te explico, pero tú decides. Entonces, ¿tenemos un trato?

Poseidón está asustado. No puede emitir sonido alguno. La *Biblia* que reposa en el esquinero de su habitación cae al suelo provocando un ruido que lo estremece más, parece no encontrar reposo, sus palpitaciones se aceleran, pero su respiración se dificulta. Él y el nefasto visitante están sumergidos en una niebla que les empaña la visión, la habitación está llena de humo. Los colores que se alojan en los muebles y paredes de la alcoba se desvanecen. Poseidón recuerda algunos paisajes cuando a la distancia llego a disfrutar de la neblina, a lo lejos solo observaba entre montañas la bruma que rodeaba pinos y arbustos, rocas y ríos. Ahora desesperado intenta salir del humo, la desesperación lo vuelve furioso, desea terminar con todo lo que le sucede. Se abalanza sobre el siniestro espectro, intenta golpearlo, pero es un ente fuerte que responde encajándole largas uñas en el costado izquierdo. Poseidón se duele, pero responde mordiendo el cuello del espectro que solo se burla pues no siente dolor. —Gasta todo lo que tienes, todo si es necesario, todo para curarte, —sugiere el espectro.

—No, mi enfermedad es incurable, —responde Poseidón iniciando un diálogo mientras forcejean atrapados en un violento abrazo.

—Nada debe importarte, no tienes obligación de dejar herencia, solo tienes la obligación de curarte, pierdes tiempo y energía en pelear conmigo, soy más fuerte que tú, estoy por encima de ti y de todos los que conoces. No sabes quién soy, ¡ríndete!

—Jamás.

—Ya lo estás haciendo. Estás desconectado de tu descendencia, estás solo, solo morirás. Nada tienes que cambiar, las cosas son como son. El mundo debe seguir igual, tú no eres nadie para cambiarlo. Yo conozco el mundo desde siempre, he estado presente en cada hombre, en cada mujer, muchos ni siquiera se percatan de que estoy dentro de ellos, otros me

buscan con desenfreno, un desenfreno que me da risa pero les sigo el juego, yo siempre les sigo el juego, no los juzgo, los entiendo.

—Solo dices estupideces y no me importa tu opinión.

—Claro que te importa. Siempre te importó. No eres nadie para cambiar nada, recuérdalo. Te conozco, conozco a todos los de tu especie, los he conocido por siglos y durante cientos de años las conductas y procesos en los humanos han sido exactamente igual en todas partes, solo cambian en su forma dependiendo la época, las modas, lo que está a su alcance, pero en el fondo todo es igual. Por eso los conozco. Ahora los medios para nublar la visión son otros, pero igual siguen tomando el rumbo perfectamente equivocado, deliciosamente equivocado y el tiempo se les acaba. Ya se te olvidó cuando tenías ganas de revelarte ante, según tú, todas las cosas perversas que pasaban en el mundo, ¿qué pasó?, ¿dónde quedaron tus deseos de victoria? Tú también fuiste un iluso soñador que tuvo miedo a terminar solo, a fracasar, a que nadie te siguiera, a perder, ¿y sabes qué?, ¡perdiste!, ¡no lograste nada importante! Estás solo y así vas a morir.

—Mi verdadero miedo era no amar y vencí, amé lo suficiente.

—Lo sé. Recuerdas a aquella mujer excitante, te excitabas tanto que le fuiste infiel a tu esposa, recuerdas las noches en que la culpa no te dejaba dormir. Nadie se hubiera enterado si tú mismo no lo hubieras dicho. ¡Idiota! Tú mismo le confesaste a tu mujer.

—Después de que estuve con aquella excitante mujer jamás lo volví a hacer, la pobre se contagió de Sida, jamás rectificó su vida. Frente a ella me olvidé de todo.

—Frente a ella recordaste todos tus instintos reprimidos. Luego se embarazó, que lastima, el inocente de su bebe nació infectado. Pero acepta que fuiste un idiota al dejarte vencer por la culpa, destruiste tu propio matrimonio, que pena, eran tan felices. ¿Qué necesidad tenías de confesarlo?

—¿Tú qué sabes del temor a causar dolor o daño a las personas que uno ama?

—Yo no amo, pero tú sí causaste dolor después de tu confesión, y aún hay más, hiciste algo que has guardado en silencio por años, eso solo tú y tu cómplice lo saben.

—Eso solo fue consecuencia de mi soledad, de vivir lo que viví después de haberme confesado con mi esposa. Mi vida sexual cambio, desapareció de mi hogar.

—¡Y qué querías! Lo hubieras hecho unas semanas después y te hubieras contagiado de Sida. ¿Qué hubiera sucedido? Me encantas porque tiempo después volviste a ser infiel,

tuviste suerte de que era una mujer sana, pero eso de que vuelvan a reincidir me encanta.

Gente como tú nunca cambia de ideas. ¡Es fascinante para mí!

—Ya no estábamos juntos...pero, fue una canallada. Soy débil.

Poseidón deja de forcejear y empieza a llorar, se imagina todo el daño que pudo haber causado de haberse contagiado. Recuerda el dolor que causó a su esposa al haberle confesado el peligro en que pudieron estar expuestos. Nada pasó finalmente, salvo el terminar separado de su familia. Recuerda a la cómplice de su segunda infidelidad, ya no vivía junto a su esposa, pero al volver a hacerlo se sintió indigno de luchar por volver. Fue un desliz, se dejó llevar conscientemente por sus impulsos, estos recuerdos le doblegan el cuerpo, una sensación de impotencia le impide seguir luchando, sus manos tiemblan, su estómago vibra por dentro, su corazón palpita con tristeza. Siente que de nada sirve luchar, pero aún no quiere partir.

El ente siniestro se enfada con la frágil actitud de Poseidón, llegó para provocar una batalla, dejarle sentir a su víctima que de nada sirve intentar modificar un futuro que no puede controlar. Indignado el ente encaja sus uñas con más fuerza y le dice al oído: nada de lo que piensas es escogido por ti, ni tu nombre lo escogiste tú, mucho menos tus creencias, ni tus valores, ni el sentido de lo que crees que debes de hacer, todo te fue impuesto por un código existente antes de que nacieras. ¡Recapacita! Ya olvídate de quienes te olvidaron. No tienes la obligación de dejar nada a nadie. Hoy tus hijos tienen más interacción con sus pequeñas computadoras que entre ellos, necesitan más el internet que a ti o lo que les puedas heredar. ¡Púdrete! ¿Crees que tus hijos cumplirán algún deseo tuyo después de tu muerte? Voy a decirte algo triste, una segunda oportunidad no existe. Adquieres sabiduría cuando ya no te sirve y ya nadie escucha a los viejos. Nadie te escucha. Solo sígueme a mí, a mis impulsos, olvídate de tener alma o espíritu, vive solo el presente.

Poseidón limpia sus lágrimas, ha estado sumido en sus propios pensamientos sin escuchar palabra alguna de lo que ha dicho el siniestro ente. Su vida es triste, ha sobrevivido inmerso en una maldita soledad desde aquel desafortunado acontecimiento, pero aun así se niega a partir, seguramente morirá en su triste soledad, pero no ahora, no distante de pensamientos objetivos, no frente a un maldito fantasma. Intenta apartarse de la densa sombra que lo aprisiona, el cuerpo no le responde, vuelve a forcejear, patatea y muerde con gran rapidez, logra escaparse. Corre a su vestidor, abre los cajones, busca ayuda, busca una piedra poderosa, con el suficiente poder para volverlo a la realidad, a despertar agonizante en su

cama. En algún lado ha guardado sus bellos cristales de aguamarina, encuentra el cajón, ahí están, de color azul oscuro con tonalidades verdosas. Las ha utilizado como amuletos en varios momentos de su vida adulta. Empezó a coleccionarlas cuando la fortuna económica se hizo presente.

La sombra siniestra se acerca, llega hasta Poseidón quien arroja varios cristales al ente, toma fuerzas para enfrentarse al espectro que ya no le parece una amenaza, ahora lo ve como un simple fantasma que debe ahuyentar, de frente le habla con gallardía: no me interesa tener un trato contigo, he cometido errores, hay cosas que quisiera no haber hecho o dicho, como todo el mundo, pero ya me he destruido por eso. Ahora mismo vuelvo a sentir ese terrible dolor sobre mi espalda, es un dolor que tú no entiendes, me ahoga una maldita opresión en el pecho, ¡tú qué vas a saber! Solo eres aire, tú estás aquí para echarle sal a heridas que aún no cierran. No hay día que no me reproche lo que dije, pero sobre todo, lo que hice. No sé quién seas, pero una cosa si aprendí bien, que jamás, nunca en tantos siglos ha terminado bien un pacto con seres oscuros. ¡Lárgate!

La densa sombra deja de ser negra, se hace visible poco a poco al tomar forma de humo, su cuerpo se torna en un rojo ardiente, un rojo diabólico que sigue en guerra con Poseidón. El espectro ha comprendido que ya no habrá trato, ahora desea destruirlo emocionalmente, desea que la culpa le desencadene un autocastigo más severo: veo el resentimiento en ti, estás resentido con la vida, con tus hijos, contigo mismo. ¿No te avergüenzas de ti mismo? Piénsalo, careces de valor como ser humano, eres una víctima de ti mismo y yo te quise salvar, es una oportunidad que ya perdiste. Mereces morir tal cual como estás ahora, solo, olvidado, sufriendo. Pero Poseidón solo responde con una pregunta: ¿por qué a veces creemos que está bien engañar?

El ente no esperaba esta actitud de Poseidón, no sabe si la pregunta es por el propio pasado de Poseidón o porque descubrió sus intenciones de espectro. De cualquier manera, se enciende más, es claro el desprecio que siente hacia Poseidón, así que ignora la pregunta para ahondar más en sus palabras: tu cuerpo ya desprecia tu alma, entiende, tu alma desprecia ya tu cuerpo, tu alma no está al nivel de tus deseos. Poseidón responderá hasta vencer.

—Mi alma se duele más que mi cuerpo. No tienes idea de la incertidumbre que sufrí durante el tiempo que estaba en mi hogar, junto a mi amada esposa, a mis hijos y solo yo sabía lo que hice en un arrebato de inconsciencia, no podía disfrutar de esos momentos donde mis



seres amados eran felices, los veía disfrutar cualquier ocurrencia y yo solo sonreía ahogándome por dentro. Fue terrible, luego me enteré de la desdicha de esa chica, se contagió de Sida, me preocupé tanto, por mí, por lo que pasaría conmigo, pero más me preocupé por mi esposa, la amé tanto, me angustiaba que pudiera haberla infectado. Nada más importaba que estar seguro de tener buena salud, no podía preocuparme por nada más. Fue una angustia terrible que solo cesó hasta que comprobé estar sano, libre de toda enfermedad. Libres ella y yo, fue angustiante pensar que de algún modo pude haber contagiado a alguno de mis hijos, había tanta ignorancia en ese entonces. Cuando ya todo estaba bien fui a visitar a aquella chica, lloré al ver a su bebé, pobre inocente, fue estremecedor, se embarazó estando infectada, su hijo nació con Sida, lloré cuando vi al inocente enfermo de Sida. A veces no somos capaces de ver lo que podemos transmitir a un neonato. Supe de un caso, hace mucho, allá en el pueblo donde nació mi padre, la mujer tenía días de haber dado a luz a una niña, en los días en que la estaba amamantando se enteró de que su marido se acostaba con una vecina, fue tanto su coraje que la leche se le envenenó, sin darse cuenta mató a su bebita mientras la amamantaba, fue muy triste el sepelio, el marido y la vecina huyeron, era pueblo chico, todos los querían quemar vivos. En mi caso, mis hijos dejaron de hablarme cuando se enteraron de lo sucedido, pero fue un asunto que solo quedó en familia, nadie más lo supo, ni siquiera los familiares más cercanos. Así que nada tengo que perder, tú en estos momentos ya no me das miedo, seas lo que seas, termina ya esta pesadilla, desaparece y déjame dormir en paz.

—No te vas a morir en paz. Aún tienes tus apegos, tus conflictos te atan aquí.

—¡Que importa! No he vivido en paz. Da igual.

Poseidón intenta mirar los ojos del cuerpo etéreo, es un ente rojo incandescente en forma humana, pero sin rostro, el miedo se apodera de Poseidón, pero a pesar de estar aterrado sabe que debe enfrentarlo, se acerca a la cabeza del espectro, se acerca tanto que huele un aliento a carne descompuesta, da unos pasos hacia atrás, respira su propio miedo, se acerca de un solo golpe, encara a la maléfica aparición, siente que es el momento de decirle: márchate, bórrate, esfúmate. El ente se desvanece como si se evaporara.

—No sé si es la belleza de lo simple o la simplicidad de la sabiduría, pero que alivio, se fue. —Poseidón respira tranquilo, camina rumbo a su lecho y se mira acostado, ¡ya está ahí!, ¿cómo puede ser eso? Las tribulaciones continúan, pero ya nada le parece extraño. Se escucha

a sí mismo, el Poseidón que está acostado habla con voz agonizante al Poseidón que está de pie, al que acaba de vencer a la sombra siniestra.

—Parece que venciste a nuestro demonio interno, pero solo lo has herido un poco, ese rufián no se alimenta solo de mí.

—Ya le corresponderá a otro de nosotros vencerlo.

—Seguro será alguien de nuestra descendencia. Tengo fe que mis nietos serán mejores. Ese rufián tenía razón, yo tenía una visión clara de lo que quería hacer, quería responsabilizarme de mi vida, no ser víctima de la mala administración de los gobiernos que empobrecen cada vez más a tantas personas, recuerdo que quería hacer tantas cosas. No conozco a mis nietos, nunca les platicaré de tantas cosas que dejé de hacer. No sé cuántas veces, cuantos momentos durante tanto tiempo he pagado por un solo error.

—Dos errores.

—Uno. El otro fue consecuencia del primero.

—Como sea. Pero que animal eso de juzgarte, culparte y castigarte por un error tantas veces como puedas recordarlo, es propio de un estúpido. Y luego permitir que el resto del mundo, sea quien sea, te vuelva a repetir la dosis de juicio, culpa y castigo cada vez que el recuerdo de tu error vuelve.

—¿Hay veneno para este antídoto?

—¿Cuál veneno? Tu cáncer, tu vejez, tu miedo.

—Miedo no tengo, ni a la vejez, cuando ya estás en ella el miedo desaparece, la vives. La he vivido dignamente. El maldito cáncer ya no sé si fue de estrés, de codicia no creo, quizá de desesperación, de culpa, de vergüenza. El veneno que quiero eliminar es el que me provoca tanta reflexión.

—Más bien la irreflexión fue la que te enveneno. Quizá la reflexión sea tu antídoto, finalmente es tu cuento y debes vencer. Lo cierto es que no pudiste manejar tu error, un error provocado por la necesidad de llenar espacios vacíos, llenarlos fuera de lugar. Te asustaste tanto que no pudiste admitirlo, vino luego el silencio, una confesión fallida, otro error y desde entonces tu vida fue mentira y culpa. Ahora debes terminarnos, ya has repasado nuestra memoria, olvidaste quienes éramos, quienes podríamos haber sido, pero ya pasó, ahora vamos a terminarnos de la mejor manera. Aún tienes tiempo de reflexionar sobre tu vida, darle

claridad y sentido a lo que queda de nuestra existencia. Qué bien que ya no tienes miedo, solo así darás un mejor combate para ganar esta batalla.

—Ganar la batalla será tan solo por lo que me queda de vida.

—No lo hiciste antes.

—Aún tengo miedo, no sé cómo explicarlo. Miedo a que mis hijos no tengan las herramientas que creo necesitan. Miedo a morir y no ver terminado mi ciclo, de no tener nietos y acariciarlos. Tengo miedo a que mis hijos no hayan entendido que si tienen una familia deberían haber tenido antes un techo, me preocupa se coman en este momento lo que debería ser su previsión para la vejez. Me culpo de haber ocasionado algún problema en ellos, creo que a veces los trate con rudeza. Siento culpa de haber sido con los hijos igual de exigente con todos sin pensar en la sensibilidad de cada uno de ellos, herí su sensibilidad sin darme cuenta.

—Perdonarte tú mismo es lo único que te libera de eso.

—Tengo miedo de no saber cómo hacerlo. De morirme así, sin liberarme de tanta carga que traigo arrastrando.

—El valor no es la ausencia de miedo, es simplemente cómo lo enfrentas. Cuando controlamos nuestros temores podríamos decir que el miedo ha madurado, o al menos hemos madurado nosotros. Eso creo yo.

—También siento culpa por haber estado abrumado en el trabajo, haciéndome tonto. Culpa por haber escogido la carrera que escogí sin saber lo que me esperaba. A mis hijos los desanimé, creo que no los dejé escoger carrera libremente. ¿Por qué me tocó a mí ser yo?

—¿Qué pregunta tan absurda? Y sobre todo a estas alturas de tu vida. Recuerda cuando quisiste vivir todos los excesos, como si la vida fuera eterna. La naturaleza es eterna, el paso de las personas por este mundo es efímero, pero no necesariamente debe de ser trágico. ¿Cuál fue el momento más feliz de tu vida?

—El mejor momento de mi vida fue haberla conocido, a ella, la que fue mi esposa. ¡Uno debe ser audaz para conquistar a una mujer! Mi mayor alegría fue haber encontrado mi otra parte para sentirme completo. Te sientes realizado cuando nacen tus hijos, es una alegría que no tiene comparación. Es bonito verlos crecer, pero no es igual el gusto de su nacimiento. Abrazarlos y ponerlos cerca de tu corazón, los quieres de inmediato, los ves tan pequeños, tan vulnerables, luego cuando sus manitas aprietan uno de tus dedos. Tan grandes son estas

alegrías. Uno se casa sin un instructivo, creo yo que el matrimonio es la única profesión que acepta amateurs.

—Si la pudieras volver a ver, ¿qué le dirías?

—Le diría: muchas gracias por los apoyos que me diste en tu vida, contigo aprendí a ser hombre, mis fallas me volvieron mejor persona, lamento no haberlo sido junto a ti, quizá te conocí antes de convertirme en esa mejor persona, no lo sé, pero fui mejor persona gracias a ti, a mis sentimientos por ti... Pero no, no le diría nada, ella lo sabe, ella era más inteligente que yo. Si la viera, lo primero que le haría es... el amor, hacer el amor con ella, en lugar de decirle estas cosas. ¡Mi mujer!, ¿por qué esa naturaleza a ser infieles?, si juramos ante el altar.

—Jurar, querer, desear, todo esto es simplemente insuficiente si no los unes con un hacerlo.

—Sí, es cierto. La recaída cuando fui infiel con... ya sabes. Parecía que todo podría volver a la normalidad, inclusive mejor, pues ya sabría cómo vivir con rectitud, pero la desesperación, la incertidumbre de si realmente ya todo estaba bajo control, si ya todo caminaría de la mejor manera... esta incertidumbre sumada a mi debilidad, me hacen caer de nuevo ante un destino que en verdad fue fatal. Fue como si un ente se encargara de boicotear mi posibilidad de volver a ser feliz. Esta recaída me generó angustias y temores hasta el día de hoy. Lamento no haber combatido antes a este demonio interior encargado de boicotear mi felicidad.

—Eres un cuerpo muriendo, pero por dentro somos invencibles. Tu cuerpo es una cubierta que va a desaparecer para que veamos la esencia. Te quedan desafíos que enfrentar, aún tienes una pelota por jugar antes de liberarte de tu envoltura mortal.

—Quiero que antes de partir, tú que sí te puedes mover vayas a cerrar este capítulo pendiente con mis hijos, necesito que sepan toda la verdad, pudiera ser una confesión inútil o peligrosa, no lo sé, pero necesito hacerla, seguramente entenderán muchas cosas. Pase lo que pase debo correr el riesgo, deben conocer mis relaciones inconfesables para que me entiendan.

—Tengo mis métodos para hacer que suceda lo que quieres que suceda. Un viaje me espera. Te veo en otro lado del mundo. —Sonríe y agrega, —o en otro mundo.

La habitación vuelve a quedar en silencio. Poseidón sobre su lecho, solo, se tranquiliza gracias a ese diálogo consigo mismo, ahora desea sonreír, decirse una frase de aliento, lo primero que se le ocurre es: ¡qué haría yo sin mí!

—¿Eso fue por soberbio o en realidad fue por fe?

—¿Quién lo dijo?

Es una voz conocida y Poseidón escucha.

—Decir ¡qué harías tú sin ti! puede ser un glorioso acto de fe en ti mismo, lo cual es bueno, ¡muy bueno! O puede ser una fanfarronería, soberbia para ocultar tu temor de fallar en vencer un obstáculo más. Solo debes recordar tu relación con Dios.

Esa conocida voz es la de aquel sacerdote que escuchó en la infancia, cuando acompañaba a su madre a misa, el sacerdote ha regresado a concluir su visita.

—Lo dije para darme ánimos. Y sí, sí temo que nada vaya a terminar bien, se puede desencadenar algo por lo que terminaría muriendo lleno de vergüenza.

—Finalmente vas a morir, te dije que a misa volverás de cuerpo presente, esa misa yo no la podré oficiar, hace tiempo que no pertenezco a este mundo. Pero es la costumbre aquí, se deberá realizar tu funeral, es el momento en el cual muchas de las emociones de los presentes se oprimen. ¿Cómo será tu funeral? Mírate, ya estás viejo, tu alma está vieja, tu espíritu ha envejecido, tu cuerpo está enfermo. ¿Qué te preocupa de tu funeral? El juicio de los demás, qué tan concurrido pueda estar, qué tan emotivo será, mero trámite, cuántas flores pudieran llegar, ¿qué te preocupa de tu funeral?, ¿es por ti o por los que se quedan?

Poseidón no puede contestar, no tiene respuestas, indaga minuciosamente sobre los diferentes matices de su vida, trata de explorar todos los aspectos, busca reconocer sus virtudes, sus actos de bondad, busca las acciones que realmente importan. El sacerdote escucha todo lo que piensa Poseidón e intenta ayudarlo.

—Fuiste bondadoso al ayudar a enfermos, a personas caídas en desgracia, al ayudar a personas con carencias, hiciste aportaciones para que unos contaran con mejores oportunidades de vida.

—Sí, pero yo nunca inicié nada, jamás fueron mis ideas.

—Pero participaste en todo lo que tu buen corazón te llevó a colaborar, inclusive con tu tiempo, fuiste voluntario de varias buenas iniciativas. Quizá fue por tus culpas o por ganarte una buena reputación, en todo caso no tiene valor, así no lo podemos calificar como una bondad natural en ti. ¡El juicio de los demás no determina el valor de tus actos! Puede ser útil para otros que hayas adoptado acciones de compasión, pero ¿cuáles fueron tus verdaderos motivos para hacerlas? Calla, no me lo digas, no necesito saberlo. La satisfacción, la alegría

que te provocó hacer tus actos de bondad fue grandioso. ¿Qué te preocupa, hay algo para morir lleno de vergüenza? Has hecho muchos sacrificios por ocultar este tropezón vivido en Holanda. ¿Te aflige morir sin honor? Examina tu vida.

Continúa el cura:

—Ahora sí me escuchas, ya estás viejo, ya no te enfrentas igual o quizá ahora si te interesa lo que te puedo decir o quizá ahora te lo digo de mejor manera. Tus facultades te dan vitalidad, también las facultades para tus pensamientos. Volvamos a tus bondades, ¿cuál es tu verdadera virtud?, ¿cuántas veces fuiste capaz de hacerla valer?, ¿fue tu intención ser virtuoso?

—Sé que ser virtuoso es otra cosa, pero soy mejor de como me ves, sé que solo disfruté de pequeños actos de benevolencia, sé que solo ayudé a unas cuantas personas y no alcancé a lograr hazañas superiores, no logré generalizar mis acciones de ayuda pese a saber que no es posible interesarnos por todas las personas de este mundo, no tenemos contacto con tanto extraño, ni tanto conocimiento de todas las desdichas.

—Hay tantas desdichas como tentaciones y no necesariamente están ligadas, pero en tu caso sí. Tu verdadera virtud puede ser vencer las tentaciones, pero es una lucha que ya perdiste, los placeres nunca darán sentido a vida alguna. Tu virtud te hizo ser un hombre amable, gentil con todos los que se cruzaron en tu camino, fuiste buen amigo. Yo creo que una vez que sobrellevaste las acciones que cambiaron tu vida viviste con dignidad, viviste con nobles sentimientos. Tu virtud era amar bien, amar correctamente, ¡amarte a ti mismo para empezar!, amar plenamente. Pero no, en el interior de tu alma se quedó guardada tu virtud con bastante sabiduría.

—¿Qué injusticia! ¿Por qué fue Dios tan injusto conmigo?

—Ya regresó la víctima. Dios concedió a este mundo todas las posibilidades, a ti te dio la posibilidad de ir o no ir a Holanda aquella vez, una vez que fuiste te dio la posibilidad de ir o no ir a aquel lugar una vez que concluiste tus negocios, una vez allí te dio la posibilidad de parar o seguir esa loca idea.

—Si fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios, ¿por qué no elegimos solo las posibilidades correctas, las que nos convienen?

—Hasta el diablo es hijo de Dios. Muchas de las enseñanzas de las religiones son similares: no hacer a otros lo que no queremos que nos hagan, por ejemplo. Pero el hecho de

que fuimos hechos a imagen y semejanza de Dios fue con el propósito de tener decisiones propias, elegir, de crear. Si no es así, ¿cómo adquieres responsabilidad?, pero no te preocupes, el infierno no existe, no como te lo imaginas, estás salvado gracias a Dios. Pero Él te lo dirá.

—¿Y el castigo de los criminales?, ¿cómo que no hay infierno?

—¡Mira que absurdo! ¡En qué te preocupas!, una cosa es seguro, cada quien recibirá su castigo, lo cierto es que de algún modo el infierno existe. ¡Hazme caso!, pon atención a todo lo que sucede a tu alrededor, sobre todo lo que te concierne en estos momentos.

En estos momentos ya no hay descanso para Poseidón, este diálogo termina cuando de nuevo se abre el techo, cuando desaparece esa quinta pared que nuestro moribundo ha observado de frente los últimos días. Escuchar el relato de mi amigo resultó lógico para mí, esa persistencia de abrir el techo es evocar la necesidad del cuerpo o del alma o de cuerpo y alma, de salir, de escaparse, de huir de la enfermedad, de la agonía, de la angustia, de sus secretos, de sus infamias.

Poseidón observa como desde el cielo aparece una escalera blanca entrando a su habitación. Sus peldaños son todos de una sola pieza, una gigantesca piedra blanca tallada desde el cielo hasta sus pies parece marfil, pero es piedra, es una obra de la naturaleza elaborada sin dañar a ser vivo alguno. La barandilla de la escalera muestra el cuidado con que la piedra fue tallada, perfectamente lisa, me comentaba mi amigo de su suavidad al tocarla. El pasamanos termina a lo lejos, antes de tocar las nubes. Poseidón inicia su ascenso, paso a paso se apoya en la barandilla, plácidamente recibe la luz, da un paso más, observa desde lo alto a su habitación, su cama. Medita en los que mueren repentinamente sin tener la oportunidad de completar alguna etapa de su vida, a los muchos que mueren dejando pendientes sin resolver. Poseidón va resignado, pero siente no haber ofrecido a la vida lo mejor de sí, como tantos que mueren sin dar jamás su máximo esfuerzo, sin el entusiasmo por una causa realmente importante, sea para sí, para pocos o muchos. Observa de nueva cuenta su habitación, ahora mira el cielo, suspira y reflexiona: sea por Dios, vamos a donde esta escalera me lleve, aunque no haya concluido mi tarea como padre, ni revelado mi secreto a mis hijos, espero, debo confiar en Dios, en su existencia, para pedirle guiar a mis hijos, a mis nietos y que puedan ser parte de un gran desarrollo, que sean creativos, que sean prósperos, que sean felices y, por qué no, que sean parte de un gran cambio en la conciencia de todas las personas en el mundo. ¡Es mucho pedir!, pero ojalá pudiera ser cierto, ojalá exista esa posibilidad. No importa que yo no

lo pueda ver. Debo reconocer que nunca fui creyente de un Dios, de una fuerza creadora, de un ser omnipresente como ahora.

Poseidón siente el aire rozar su rostro, por primera vez en muchos días respira aire fresco, observa el cielo, se apoya con fuerza sobre el pasamanos, mira abajo y ve el techo de la casa, observa su jardín, mira los jardines vecinos. Ahora observa el infinito, espera llegar a la cúspide de la escalera donde los blancos escalones pasan entre las nubes, disfruta el aire en su rostro, imagina cómo serán los jardines en el lugar donde termina la escalera. Presiente encontrará un mundo de verdes prados, es tan bello lo que imagina como difícil es de explicar, hay árboles inmensos, el verde de las hierbas parece tomar vida al recibir una radiante luz dorada, se escucha una agradable música cantada por aves de todos los colores. Sabe que su imaginación no es del todo solo imaginación, siente que ya conoció ese lugar, siente que solo es cuestión de seguir caminando. Sin embargo, el siguiente paso ya no lo puede dar, vuelve a sentir dolor, su cuerpo se estremece por una aflicción tan fuerte que lo paraliza, desea seguir subiendo, pero el dolor es más intenso cada vez, se doblega, siente como si un gran imán lo jalara de vuelta hasta su cama. Se hinca, sujeta sus dos brazos en un barrote de la escalera, las lágrimas brotan en silencio, el dolor que invade su cuerpo es tan intenso que pierde el conocimiento, cierra sus ojos y extiende sus brazos soltándose de la escalera. Despierta, está en su cama exactamente igual que los últimos días.

Un día más, es temprano, observa a la enfermera acariciarle su cabellera, el agradece el gesto, mira para todos lados y no ve ninguna camiseta tirada, pero si siente una cicatriz en su costado izquierdo, parece que el sueño tuvo algo de realidad, el ente siniestro, el sacerdote, la escalera, todo fue muy real. Cree tener una aguamarina en su mano, pero no, es la pelota que se quedó cuando soñó la visita de Dios.

La enfermera pensó que habían entrado a robar cuando vio algunos cajones abiertos, las aguamarinas en el piso y sobretodo, la herida de Poseidón, pero no quiso tocar el tema con su paciente para no preocuparlo pues consideró que pudo no haberse dado cuenta, imaginó que la herida la pudieron haber hecho los ladrones al quererlo despertar y obligarlo a decirles dónde guarda sus objetos de valor. La enfermera lo observa tan indefenso como cuando se es recién nacido, desea ayudarle a aliviar su malestar, platica con él y le pide autorización para suministrarle una bebida que le puede atenuar o eliminar el dolor, pero es sin prescripción médica.



—Míster Po, debí haberlo hecho antes, quizá le hubiera evitado dolores, es un remedio casero de la abuela, le puedo preparar jugo de papa cruda, es extraordinario para aliviar sus dolores de estómago y espalda. Seguro va a sentirse mejor, ¿se los preparo?

Después de algunos días el remedio de la abuela de la joven enfermera ha sido una bendición para Poseidón, beber cotidianamente el jugo de papa cruda ha sido en verdad un alivio, ese jugo resulto efectivo para disminuir los dolores que la terapia contra su cáncer le habían provocado.

—Cómo eres ingrata muchacha, ¿por qué no me lo diste antes?

—Por falta de confianza Míster Po, pero lo vi sufrir tanto que se me ocurrió buscar en los remedios caseros algo que ayude a la prescripción del oncólogo.

—¿Cómo que no me tienes confianza? ¡Me dices Míster Po! En lugar de señor Poseidón o Don Poseidón. Me gusta que me digas Míster Po, pero si eso no es confianza, entonces de qué se trata.

—Le digo así para ir ganándome su confianza poco a poco. Me gusta lo que hago y quiero ser más que solo la enfermera, quiero ayudar a que mis pacientes se sientan mejor, estén sanando o no.

—¿Te gusta ser enfermera?

—Yo solo quiero ser la mejor enfermera del mundo.

—¡Ah caray! Eso es muy pretencioso.

—Claro que no, ¿por qué cree usted eso Míster Po?

—Me han tocado enfermeras muy brutas, parecen robots, se les olvida que están tratando a personas.

—O se les olvida que son personas, Míster Po. Yo me inspiré en doña Josefina, me mostró que la disciplina sin amor es simple tiranía. Disciplina y amor en un solo jugo pueden sacar lo mejor de nosotros mismos en nuestra casa y en nuestro trabajo.

—¡Gracias a Dios que tú eres mi enfermera!

—Pues ya que agarramos confianza, platíqueme Míster Po, todos queremos contar nuestra historia, aunque sea una vez en la vida. Todos queremos que nuestra historia sea escuchada, yo lo escucho Míster Po.

—Bueno, unas historias se cuentan en una película o desde un escenario...

—Y otras en medio de una mesa con una buena copa de vino, con buenos amigos, he leído buenas historias en la computadora. Y la suya Míster Po se contará en una cama con una atenta enfermera que promete volver a contarla a quien desee escucharla, pero dígame que hay de interesante en usted, con confianza, dígame. Tome en cuenta que el regalo de la vida desaparece cuando menos nos damos cuenta. Algo tiene usted que contar.

—Pues... lo vi, el túnel de la luz lo vi.

Leticia, así se llama la enfermera, ya ha escuchado entre sus compañeras algunas historias de pacientes que han asegurado vivir la experiencia de atravesar el umbral del más allá y regresar para contarlo, sin embargo, pone atención como si fuera la primera vez que escuchara esta vivencia. Leticia en verdad desea conocer los motivos de Poseidón para seguir viviendo, parece que lo ha pedido, a pesar de estar sufriendo la fase terminal de un cáncer en los huesos, sarcoma parostótico, que hace tiempo le diagnosticaron como metastásico mayor.

—Platíqueme Míster Po, ¿cómo fue?

—Primero me sentí flotar, era como si me desprendiera de mi cuerpo, podía ver la habitación, mi cama, a mí mismo, podía escuchar mis propios quejidos de dolor y de repente como si exhalara, creí que me había muerto. Después sentí que me elevaba aún más para atravesar un oscuro túnel, después también subí por una escalera, vi paisajes, escuché música y canto de pájaros. Pero volviendo al túnel, vi una hermosa luz blanca, la verdad fue placentera, sin dolor, inclusive por momentos sentí una paz interior, hasta volví a ver a mi hermano Aries, el murió ya viejo, murió de 96 años, pero yo lo vi como de 44, radiante, sano y feliz. Me dijo que por el momento no iba con él, que después nos volveríamos a ver. Creo que tuve la oportunidad de platicar con Dios, pero debí volver para derribar una pared, que ya entendí, fue un raro sueño que tuve.

—¿Qué soñó Míster Po?

—A un sacerdote que me quería confesar, pero yo le di muchas vueltas al asunto, hasta coloqué una barda para no caer como pescado en las redes de la iglesia en la que mi madre me enseñaba que cada quien debía de cargar una cruz. Pero ahora ya sé lo que debo hacer, ya entendí todos mis sueños y en verdad ahora sí me siento en paz, es una paz que no sabría cómo describirtela.

—No se preocupe Míster Po, con que usted lo sienta, es más que suficiente. Por alguna razón decidió quedarse aquí y si usted siente que ya está listo y necesita que lo ayude

en alguna tarea, algún deber, ir a algún lado, con mucho gusto. Déjeme platicarle que según me han dicho, quienes han tenido una experiencia como la suya pierden por completo el miedo a la muerte, viven con una serenidad, con una felicidad, me han dicho que hasta llegan a ser mejores personas.

—Entonces lástima que me pasó tan viejo y a punto de morir. Porque ahora para mí morir es igual a dormir, pero sin la vergüenza de no poder levantarme a hacer popo y pipi.

Leticia se ríe, suelta una carcajada para evitarle mayor vergüenza al escrupuloso recato de Don Poseidón. Dicho sea de paso, es su asistente quien lo asea. Definitivamente el moderno equipo de asistencia y una parte de los cuidados paliativos han sido un gran soporte durante los últimos cinco meses. Ante la ausencia de sus familiares contrató a Leticia para que esté al frente del seguimiento de la terapia, de instruir al asistente, así como de la comunicación directa con el geriatra y el oncólogo. Don Poseidón ha rechazado del programa integral de cuidados paliativos la participación de psicólogos y asistentes pastorales, por lo que Leticia ha decidido auxiliarse de un sacerdote y con su cuñada, que es psicóloga, para atender mejor las inquietudes emocionales de un desahuciado pues quiere ayudarlo a morir en paz, cosa mayor a solo seguir las prescripciones de los médicos. Sabía que tarde o temprano se iniciaría una charla con su paciente. Leticia entiende que si alguien tiene un secreto que le genera culpa, vergüenza o miedo, todo esto se libera una vez que ese secreto se le cuenta a alguien, ese alguien debe comprender a la persona, comprender su secreto sin emitir juicio, respetando los dilemas del paciente, solo escuchar para que la persona lo pueda revelar y tener mayor claridad sobre ese asunto que encubrió. En este caso Leticia ayuda a que Don Poseidón se sienta libre, tranquilo en estos momentos donde es consciente de su situación médica.

Leticia, quien dese ser la mejor enfermera del mundo, así platica con el doliente.

—A que Míster Po. Entonces usted debió haber vivido experiencias emocionantes, escuché en un programa de televisión a una escritora que decía que las buenas novelas, que las buenas historias se hacen con protagonistas que son aventureros, audaces, de esos que rompen las reglas, ya sabe que a veces se arriesgan, puede ser hasta sin querer. Algo así me acuerdo, lo vi hace tiempo. Pero no lo dejo hablar, platíqueme usted.

—Pues mire, cuando yo nací se enterraba el cordón umbilical de los recién nacidos en el patio de alguna escuela para que al niño de grande le gustara ir a la escuela. Ahora se congelan las células madre contenidas en el cordón umbilical. Antes se guardaban pura madre

de células. Platico esto para que entienda como me educaron, nací en tiempos antiguos y la verdad es que no hace tanto. Antes el concepto de la familia era diferente a como es ahora. Recuerdo a mi padre, a su manera trató de educarme lo mejor posible, los hombres deberían ser hombres y las mujeres, mujeres. Me pregunto hoy cómo deben de opinar los hombres sobre muchas cosas, como se piensa ahora. Mi padre decía que los hombres deben estudiar y salir adelante, aprender a trabajar y apoyarnos para tener casa, en cambio a las mujeres bastaba con conseguirles un buen marido, me enseñaron que debemos ser duros, fuertes, que el hombre manda en la casa, creo que hoy es valiente cambiar de opinión. Recuerdo cuando mi hija me dijo que no se trataba de dictar órdenes sino de orientar, de guiar con el ejemplo. Me dijo que si yo educaba a su hermano como yo pensaba que era ser hombre, lo iba a perjudicar para toda la vida. A mi hijo, por ser hombre, le prohibí que llorara por muchas cosas, hasta cuando se quebró su bracito jugando futbol americano, en cambio a mi hija la abrazaba y consentía demasiado. Recuerdo cuando mi hija se quiso hacer una cirugía para verse más bonita y le dije que solo iba a mejorar el trabajo de Dios. En cambio, con mi hijo fui muy rudo cuando quiso eliminarse una terrible verruga en el cuello, parecida a la que tenía mi abuelo. Ahora la esposa de mi hijo está embarazada.

De los labios de Poseidón brota una sonrisa esperanzadora y suspira para sus adentros. Leticia ha estado atenta, inspirándole confianza. Ahora que él guarda silencio, ella continúa.

—¡Ah, los hijos! Hay que ser bueno con ellos porque muchas veces son ellos los que escogen el lugar donde van a terminar viviendo los padres. ¡He visto cada caso! No tiene ni idea.

—No, sí tengo idea. Mis hijos llegaron a ser tan dependientes económicamente de mí, que si no hubiera actuado como lo hice quizá hoy estaría en un asilo, con carencias, o simplemente no hubiera tenido el dinero necesario para atenderme, como aquí, ahora. Yo quise y aun quiero que mis hijos miren las galaxias y no el mundo pequeño. Quise enseñarles que el mundo no es de azúcar. Quise que a mis hijos no les dejaran de brillar los ojos, pero nunca se cansaron de pedir más. No sé cómo van a reaccionar cuando sepan de mi muerte. Cuando supe que mi madre iba a morir recuerdo que preguntaba llorando a mi tío en lo que podía ayudar, y mi tío me dijo que ya nada, que ojalá muriera habiéndose sentido orgullosa de mí. Creo que moralmente algunos estamos condenados a equivocarnos. A veces no aguantaba a mi madre y sus regaños, me volvía loco, pero la extraño tanto. ¿Me irán a extrañar mis hijos?

—¡Ah los hijos! A los hijos los queremos tanto Míster Po. Ese sí es un amor a primera vista, los queremos como son, pero si no los educamos, la sociedad qué culpa tiene, nadie tiene porque aguantarlos, yo he estado tanto tiempo en cuneros, nacen cantidad de bebés día a día, no sabemos lo que pueden llegar a ser, que tan buenos o que tan malos. Los amamos desde antes de nacer, somos padres a partir de que sentimos ese amor, esa preocupación y esa felicidad por su llegada, pero también les tendremos que cambiar sus pañales llenos de popo. Sí, a veces son los hijos los que nos heredan la locura.

Don Poseidón soltó una carcajada cuando escuchó sobre los pañales llenos de popo, entre risas empieza a platicar anécdotas que vienen a su memoria.

—Una vez el hijo de un señor que casi no tenían dinero, adolescente el muchacho, embarazó a la novia, se casaron muy jóvenes. El señor habló con su hijo y le dijo que no tenía dinero para apoyarlo, que llevaba bastante tiempo ahorrando lo poco que le quedaba cada semana, solo eran cinco mil pesos, y se los daba ahora que se iba a casar, ojalá le fueran de utilidad. No sé si reírme o enojarme, el muchacho se los gastó en unas botas de piel exótica para estrenarlas el día de su boda y eso que cuando se casó no tenía ni trabajo. Cualquiera con sentido común habría dispuesto esos cinco mil pesos en algo útil, estaba por ser papá. Pero estrenó las botas que tanto deseaba, creo que pensó que de otra manera jamás las hubiera comprado. No cabe duda de que la falta de sentido común es algo muy ordinario, a mis hijos les faltó sentido común, porque dinero no. Siempre les dije que la mejor manera de ayudar a los pobres, de ayudar a los ignorantes, era, para empezar, no ser uno de ellos. Pero la verdad los extraño, lamento haberme distanciado tanto de ellos. Siempre me pregunto cómo estarán, sobre todo cuando me entero de cosas, hace tiempo se accidentó el nieto de un amigo, el niño se arrojó por la ventana queriendo volar como los superhéroes, pobrecito, se le clavó un vidrio a un centímetro del corazón, el vidrio se quedó adentro por varios días, no lo detectaron el día del accidente, después lo operaron, toda la familia estaba angustiada, mi amigo lloraba esperando que todo saliera bien, ya no supe que pasó, se vino la parte fea de mi enfermedad y perdí contacto con mi amigo, de hecho no sabe cómo me encuentro. Pero en casos como este me pregunto cómo estarán mis hijos, mis nietos.

—Pues sí Míster Po, prometo investigar cómo están sus nietos, sus hijos y qué paso con el nieto de su amigo, todo lo veo con José, su asistente. ¡Esos niños! Lo que sí sé es que cuando los niños preguntan ¿por qué esto?, ¿por qué lo otro?, hay que responderles, es lo

mejor para todos, es para que se acostumbren a obedecer a la razón y no a la autoridad. Es lo que muchos creemos que ayuda a que nuestros hijos sean más inteligentes, no queremos tontos que solo obedezcan a las autoridades, que usted sabe no todas son de mucha confianza que digamos.

—Claro que no. Y lo mejor es que nuestros hijos pregunten, crezcan en todos los sentidos, tanto intelectual como espiritualmente, deseamos personas de bien, con don de gente como decían en mis tiempos. Tengo la esperanza de que en los tiempos por venir se solucionen los problemas del mundo de una manera justa, de joven llegué a soñar con un hermanamiento universal, es un sueño de muchos, pero quién sabe, puede pasar. Me toco platicar con jóvenes a los que ayudábamos con becas, en uno de tantos programas que participé y los escuchaba emocionado porque sabían que tenían que hacer algo, pero no qué, ni cómo, ni cuándo. Claro que yo no sabía que responderles, pero aún tengo la esperanza de que ellos encontrarán sus respuestas.

—A que Míster Po, así que ayudó a jóvenes con becas, ¡felicidades!, dicen que cuando los niños nacen, nacen con poder ilimitado, pero que los adultos los vamos ajustando para que limiten ese poder. Pero los jóvenes de hoy, no sé qué pensar, o están muy avanzados o muy atrasados, atorados tanto tiempo en internet con juegos y chismes. La otra vez me llegó un correo de un pensamiento de Albert Einstein que decía: “temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad, el mundo solo tendrá una generación de idiotas”. Me dio tanta risa ver las fotos y videos de tantas veces que los muchachos están juntos sin hablarse, sin disfrutar de lo que pasa a su alrededor, con la novia a un lado, y luego pensé como estarán creciendo mis hijos, me los llevé al parque a jugar y platicar. El tiempo que se dedique a la familia nunca será tiempo perdido. Pero hablando de la aventura del amor, platíqueme de sus amores.

—¡Ah, el amor! Los jóvenes de ahora creen que saber una verdad absoluta es imposible. Pase lo que pase, el amor es una aventura para toda la vida. Yo todavía la recuerdo, a la que fue mi esposa, estar en medio de sus hermosas piernas. ¡Perdón! Se me salió. Pero si le puedo decir que prefiero haber tenido esos momentos en que sentí el roce de su piel, haber vivido esos minutos a su lado, que estar condenado a vivir una eternidad y nunca haber vivido esos momentos con ella. El problema empezó con los celos, yo no había sido infiel pero ella me trató como si lo fuera. En verdad yo no había sido infiel antes pero ella siempre dudaba,

eso me molestaba y pensé que valdría la pena engañarla, así cuando ella me fastidiara por celos o dudas yo me sentiría ya mejor, ahora sí ya me merecía sus dudas, ya no tenía por qué molestarme, ahora sí ya había sido infiel. Bueno, pensé estúpidamente que era la solución.

—Mire que pillín. A lo mejor al principio no eran celos, solo era parte de enojarse y contentarse, ninguna mujer quiere monotonía, pero todas queremos monogamia. Ya sabe que el amor es como los jarrones, cuando se rompen, aunque se vuelvan a pegar quedan las cicatrices. Si se merece usted un regaño, no sabe que quien ama de verdad, jamás es infiel.

—Parece que yo no lo aprendí, parece que necesité fracasar para saber cómo se debe amar.

—A poco necesitaba pasar por todo eso Míster Po, para aprender a amar.

—Parece que sí, pero lamentablemente después de aprender a amar, a amar como nadie, como el mejor, pude haber sido el mejor esposo del mundo después de todo lo que sentí, pero ya no se me permitió. Más bien yo también me reprimí, me deje vencer, es que ella cambió mucho, parecía más moderna, creo que mi hija le metió tantas ideas locas en la cabeza. Ella era muy educada, jamás decía nada impropio, recuerdo que una vez al despertar me estaba rascando los testículos, luego sin premeditarlo, estábamos acostados, la mire tan bella y acaricie su rostro, inmediatamente me dijo: “te estás rascando los huevos y me agarras la cara, ¿qué te pasa?”, me quedé mudo, nunca la había escuchado hablar así. Vi a tantos amigos míos ser infieles y llegaban a sus casas sin ningún problema. Yo no podía, nunca pude. Me dejé influenciar por tantas estupideces.

—Ah que Míster Po, es que ahora en la actualidad las mujeres están cambiando. Se está uno peleando con siglos de tradición, uno lo ve en las oficinas, en los hogares. No sé si está mejor o peor, pero es diferente. Ahora sí que cada quien. La verdad es que ya no se puede vivir con un sueldo en la familia, la vida ya es muy cara. En muchos casos tienen que trabajar los dos para vivir bien. Yo supe de un abogado que gana más dinero como joyero, viajaba a China para traerse joyería barata que aquí vendía muy bien, viajaba varias veces al año, ganaba más que de abogado. Mi esposo me platicó que a un ingeniero de la fábrica en la que trabaja le cobraron entre un plomero y un albañil en una semana lo que el ganó en un mes y el plomero era alguien con doctorado en no sé qué, que no encontraba trabajo.

—Una cosa si es cierta. Las personas con independencia económica son más felices que las que no se favorecen económicamente. Recuerdo que a mis hijos el dinero les quemaba

las manos, yo los quería enseñar a ahorrar, pero mejor se hubieran ahorrado los pretextos y no gastar tanto a lo tonto. Les tuve que cancelar sus gastos y lujos. Pero el verdadero problema es que estuve lejos de ellos. Recuerde que se fracturó mi matrimonio porque fui infiel. ¡Ah que caray! Pues sí, ya le confesé a usted que le fui infiel a mi mujer. La primera vez, cuando se lo confesé a mi esposa, estaba muy asustado, tanto porque la muchacha con la que me acosté se contagió de Sida. Fue después de nuestra relación, pero yo no sabía, tenía tanto miedo de haberme contagiado, de contagiar a mi mujer, de dejar el virus en el baño, en los sartenes, en los platos de la comida. ¡Fue terrible! La segunda vez que fui infiel es inconfesable, ya no estábamos juntos, ya nos habíamos separado, sin divorcio, creo que estábamos a punto de volver, pero esta infidelidad si es inconfesable, andaba yo en Holanda y me encontré allá a su hermana, a la hermana de mi esposa. Fue algo inesperado. No sé cómo, pero simplemente pasó. Después ya no pude volver. Supe de un caso parecido, los dos eran casados, se reunían en familia las dos parejas, hasta con los hijos, pero solo ellos dos sabían lo que había pasado. Yo no hubiera podido estar así reunidos en la misma mesa.

Leticia se quedó sin palabras, no estaba preparada para una confesión como la que acababa de escuchar. Se quedó muda al no saber contestar, enjuagó con toallas húmedas el rostro avejentado, más por una vida de dolor callado que por la edad. Lo miro, Don Poseidón también la miro, empezó a llorar y cerró los ojos.

—Gracias por escucharme, la veo mañana, voy a dormir, ahora si voy a descansar más tranquilo.

Al siguiente día, al empezar los cuidados matutinos, Leticia continuó la conversación.

—Mister Po, ¿le puedo hacer una pregunta de lo que me platicó ayer?

—Por supuesto, adelante.

—¿Cuando usted comentó que después ya no pudo volver, a que se refería?

—A volver con mi esposa, a insistirle en salvar nuestro matrimonio, a pensar siquiera en luchar por mi matrimonio y tener reuniones familiares donde estuviera ella, la tía de mis hijos. Quería enterrar todo lo que había pasado, enterrarlo para siempre, hubo días que pensaba que era mejor estar muerto, morir antes de haber hecho lo que hice. Ya había perdido el juicio. Llevaba mis demonios dentro, esto fue lo que me desmoronó, el no poder llevar una vida normal. Tenía que concentrarme en no pensar, o en pensar en producir algo, en estar ocupado. Luego los temores me vencieron, el temor a la soledad, el temor a la muerte, el



pesimismo que impide actuar se apoderó de mí. ¡Míreme ahora! También sufrí el temor de perder a mis seres amados, me tocó ir al funeral de mi esposa, ella jamás se enteró lo que pasó entre su hermana y yo, nadie se enteró. Por eso me dediqué a pensar solo en asuntos de trabajo.

—Pues pensar es uno de los trabajos más complicados que existen. Por eso pocas personas se dedican a pensar.

—Eso también quise enseñarles a mis hijos, que hoy la seguridad en un empleo no la da la antigüedad, pueden durar toda la vida en una empresa y en el momento menos esperado son despedidos. Ahora la seguridad son los conocimientos y la capacidad tecnológica para dar soluciones, para ofrecer novedades a un mercado exigente.

—¡Qué bárbaro Mister Po! No, si bien dicen que una de las grandes revoluciones del siglo es la de la longevidad, resulta Mister Po que ahora vivimos treinta años más que los bisabuelos. Dicen que es como si casi todos tuviéramos una segunda vida de adultos, una segunda oportunidad para ver otro panorama, ver otra expectativa, es otro grado de desarrollo.

—Pues sí. Pero ahora sé que lo que nos hace sabios no es tener tanta experiencia, estoy seguro de que es por reflexionar sobre esas experiencias lo que nos hace ser íntegros. Lo que nos convierte en ese ser que pudimos haber sido, en ese ser que deseábamos ser.

—Lástima que nadie experimenta en cabeza ajena, pero usted sí que, como diría mi marido, tiene mundología. ¡Hasta puede escribir sus experiencias! No porque sean buenas, ni para recomendar que otros las hagan, simplemente... no sé, se me salió. Lo dije por lo de las reflexiones.

—Sí, ya entendí que no es buena idea. Además, ya no hay tiempo, pero sí estuve en desacuerdo con una frase de Oscar Wilde, dijo que escribió cuando no conocía de la vida, pero cuando entendió su significado ya no tenía que escribir. Es cierto que la vida solo puede vivirse, pero también no puede escribirse sin haber vivido. Yo creo que cuando escribió sí conocía de la vida, pero inconscientemente, si no, no hubiera escrito. Usted recordará *El retrato de Dorian Gray*, pero antes de juzgar el comentario entendí porque ese fue su punto de vista, leí sobre sus complicaciones en su vida, se enamoró de la que fue la esposa del autor de *Drácula*, ella solo fue su amiga, luego se casó con otra mujer, tuvo hijos, tubo desatinos homosexuales, fue encarcelado por indecencia grave, así que en el ocaso de su vida seguramente estaba sin ánimo para seguir escribiendo. No soy quien para juzgar, pero entendí

el punto de vista en su frase. Aprendí que el hecho de haber sido famosos no quiere decir que sus opiniones sean acertadas. Pero no se preocupe, yo no voy a escribir nada sobre mí.

—Le digo que usted tiene mundología.

—Cuál mundología, me ocupaba para no pensar. Mi temor era llegar a anciano y estar solo y sin dinero, tenía temor a lo inevitable, temor a morir y ahora mi temor más grande es que no exista Dios.

—Ah que Míster Po, no se puede quejar tanto, dinero sí tiene y gracias a Dios eso le permite una excelente atención, su terapia, sus medicamentos, los doctores al pendiente, todo cuesta. La verdad es que le pudo haber ido peor.

—¡Qué gran consuelo me das!

—¡Así es la vida! ¿Qué quiere usted que yo haga?

Don Poseidón ríe, se ríe de sí mismo, ríe con la enfermera al tiempo que le pide un favor.

—Dile a José que se encargue por favor de conseguirme un notario, quiero escribir mi testamento, me había tardado, pero creo que ya estoy listo. Es bueno reír antes de morir. Recuerdo cuando fui a visitar a mi tía Eva en el hospital, fue hace tiempo, todos sabíamos que se iba a morir, hasta ella, cuando entré a despedirme la vi muy mal, ya no podía hablar, su rostro estaba triste, me acuerdo que le dije: hay tía voy a extrañar tanto su delicioso bacalao. Se rio y como pudo me tiro un manotazo. La verdad ese bacalao le quedaba excelente, muy bueno. Pasa tanto tiempo en que todo marcha bien, todos los familiares y amigos están sanos, parece que todo marchara siempre bien.

—Así es Míster Po, y de repente se empiezan a morir los que antes no se morían.

Mientras Don Poseidón ríe, Leticia recibe un mensaje en su celular, lo lee cuidadosamente, sonríe y le informa a su paciente.

—Míster Po, en cuanto al nieto de su amigo le comento que salió perfectamente bien de la operación en la que le extrajeron el vidrio que se encontraba a un centímetro de su corazón, una amiga mía estuvo en la operación en el hospital infantil, fue hace cinco meses. Bien por ellos y por el doctor que operó. En cuanto a lo de sus hijos, tenga paciencia.

—Me encantaría verlos, pero tengo miedo, ¿qué opinarán cuando se enteren de lo que pasó entre su tía Mary y yo?

—Eso si no sé, pero si quiere, pido que dejen de buscarlos.

—No, no, no, por favor. Sí, que sigan buscándolos, es fácil de encontrarlos.

—Sí, ya José dio todos los datos.

Poseidón ha dejado de tener sueños agitados, observa lo que el mismo ha llamado el santuario en el que reposa, fue una manera de nombrar el rincón de su casa en el que ha permanecido por tanto tiempo, tiene la sensación de que toda su energía se está quedando entre esas cuatro paredes, desea que el techo se abra y escapar por ahí. Desea que ni un gramo de su energía se quede deambulando, que todo desaparezca una vez que haya partido. Hoy ha desaparecido esa sensación de soledad, vive solo, pero agradece que alguien se preocupe por él. Leticia le amplió las dimensiones de su mirada para llevarlas más allá de su habitación. Hoy se imaginó a su amigo abrazando a su nieto.

Sin embargo, aún su corazón late con temor al pensar en lo que pueda suceder al tener a sus hijos frente a él, tiene una sensación de intranquilidad, ¿por qué esperó tanto tiempo para decidirse a contarles lo que pasó en Holanda?, ¿hubiera sido necesario contarles?, ¿y si hubiera insistido desde el principio en ser perdonado por ella?, ¿qué tanto tiempo hubiera esperado a ser perdonado? Hoy ya no le importan las preguntas de cómo voy a morir, si lo hará en paz, sabe que pronto va a morir y eso no tiene remedio, ¿cómo alterar el pasado?, si pudiera ya lo habría hecho, pero hay tantas cosas fuera de control, aun puede revisar cómo quedará redactado su testamento. Empieza mentalmente a contar su patrimonio, conforme plática consigo mismo sus dudas van cambiando, antes de dormir se pregunta qué puede heredar.

Mientras duerme empieza a recordar cuando sus deseos eran que su hija se casara con un buen hombre, con un marido inteligente que la amara profundamente, que fuera prospero económicamente, recuerda sus preocupaciones por cómo iniciaría su hija la vida sexual. Recuerda cuando su hijo inició una relación amorosa con una mujer casada, fue necesario intervenir, hablar con aquella mujer para que le destrozara el corazón a su hijo, era necesario alejarlo de la venganza de un marido ofendido, vio a su hijo desesperado por estar junto a aquella mujer que una vez llamó a las tres de la madrugada, Poseidón escuchó toda la conversación desde el teléfono de su recámara, su hijo estaba borracho hablando desde el confortable sillón para ver la televisión. Fue ese día que decidió intervenir para romper esa relación. El mundo existe tal cual, hubo momentos en que quiso cambiarlo, hubo momentos en que decidió que solo podría apoyar a sus hijos cuando fuera necesario.

Escuchar a mi amigo me enseñó a escuchar sin juzgar, en todo caso me llevó a unas apreciaciones para decisiones personales, pero la experiencia de observar su mirada, sentir la honestidad de sus palabras, solo escucharlo, permitirme ser el desahogo de alguien con quien pasé varios ratos agradables y que se encontraba a punto de morir, fue indescriptible. Además, su historia me parece mágica, el deceso fue mundano, pareciera como si humanamente llevó sus sensaciones hasta el final, pero cuando se dio esa explosión en el alma de mi amigo que lo liberó, fue una catarsis, en verdad purificadora.

Leticia lo ha atendido con un gran sentido de responsabilidad, con la ilusión de mitigarle los dolores, tanto los del cuerpo como los del alma. Los días de esta última semana los ha dedicado a contactar con los parientes de Don Poseidón para avisarles del inevitable deceso. Por lo pronto hoy se presentará el notario para iniciar los trámites del testamento.

Al llegar el notario a la casa de Don Poseidón se genera un agradable aroma en toda la residencia, es una fresca fragancia, es como si todas las agradables esencias de la naturaleza se combinaran para crear el mejor perfume en la tierra, aroma que llega a la habitación de Poseidón, al abrir los ojos trata de recordar el perfume, está despierto, observa el techo, sus muebles y cuadros, la televisión apagada, observa todo a su alrededor, no puede ser, no lo puede creer, está despierto, no es una visión, ¡es real! El notario es un hombre alto, maduro, de cabello y barba blanca, es el mismo Dios con el que platicó en sus sueños, es a quien ha imaginado así desde que visitó la Capilla Sixtina, ahora no viste la túnica púrpura casi blanca, ahora viste de traje. ¿Cómo Miguel Ángel lo pudo haber conocido?, es una extraña coincidencia que exista alguien exactamente igual después de tantos siglos de aquella pintura, pero es real, ahí está frente a él en su casa la persona que hace pocos días soñó que era Dios, inclusive platicaron y le dejó una pelota que aún conserva guardada entre las sábanas de su cama, pelota que José y Leticia le han dejado para que tenga algo que apretar, algo con que jugar.

El notario porta un elegante traje color azul con líneas claras, impecable camisa blanca, corbata color púrpura, zapatos negros recién lustrados. Poseidón lo ha observado sin emitir sonido alguno. Leticia rompe el silencio presentándolos.

—Bienvenido señor notario, le presento a Don Poseidón, quien ha solicitado su presencia para realizar su testamento. Don Poseidón, aquí está el notario, tómelo con calma, ya contacte a sus hijos, les envié un mensaje, hasta conocí a un sobrino suyo hijo de su hermano

Aries, también vi fotos de otros sobrinos de usted, pero haga su testamento tranquilamente, primero Dios hoy no se va a morir.

El notario interviene.

—No te preocupes querido Poseidón, seguro que no te vas a morir hasta que tu testamento y tus pendientes estén concluidos, pero es mejor que te apresures para que ya puedas descansar en paz. Ya los dos somos viejos, me gustaría que nos habláramos de tú, para mí es más fácil, solo soy solemne a la hora de hacer los documentos, pero prefiero la buena confianza en el trato directo.

Después del impacto de hace unos instantes, Poseidón recupera la calma, toma confianza y habla.

—En verdad prefiero hablarnos de tú, pero no es mi costumbre, me educaron diferente. Aquí a mi magnífica enfermera a veces le hablo de tú por la gran confianza que me inspira y a veces de usted porque en verdad merece mis respetos, debe usted saber señor notario, perdón, debes de saber que Leticia es la mejor enfermera del mundo.

El notario voltea a ver a la enfermera, pareciera que da fe de las palabras de Don Poseidón.

—Sin lugar a dudas que estás en excelentes manos amigo mío. Hablando de tu testamento, ¿ya sabes qué es lo que vas a heredar, a quiénes y cuánto a cada uno de tus beneficiarios?

—En verdad no. No recordaba a mis sobrinos Moisés y Ahriman, hijos de Aries, mi querido hermano, en paz descansa. Hace tanto que no los veo, Moisés me visitó hace tiempo, me trajo un regalo, mi hermano estaría orgulloso de él, es un buen abogado. Pero dime Leticia, ¿a quién contactaste?

—Fue a Ahriman, me contestó de inmediato el mensaje, anda de político, no entendí en qué campaña anda, pero es político.

—¡Ah Caray! —Poseidón no siente el mismo orgullo que cuando habló de Moisés, trata de explicar el porqué de su expresión.

—Es que sabemos que muchos de los que andan en eso, pues casi todos los que gobiernan pues no son íntegros, están desacreditados, lo digo porque conocí a varios que solo buscaban enriquecerse sin ofrecer nada a cambio, unos para obtener buenos sueldos que de otra manera no podrían ganar, otros para de plano multiplicar su dinero, todo lo ven como un

botín. Recuerdo aquel señor que fue alcalde del pueblo donde nació mi hermano Adam, le hicieron auditoría porque nunca informó de los ingresos ni de los gastos, dijo que no tenía por qué informar, que cuando su primo el gobernador lo puso ahí le dijo que era para que se ayudara, y eso hizo, ayudarse para tener mucho dinero.

El notario interviene.

—Bueno, los gobernantes surgen de la misma materia prima que cualquiera, quizá falta hacer algo para que verdaderamente gobiernen los mejores, habrá que saber por qué las cosas suceden como suceden. Lamentablemente bajo tantas promesas las fuerzas negras suben al poder. Lo que a mí me da risa de ellos es su culto a la personalidad, colgar retratos por todas partes, una retratitis que entre más solemne la quieren hacer más jocosa es. Pero en las familias es como en la viña del señor, hay de todo. Lo bueno es que hay tantas cosas de que reírse, pero también hay tantas cosas para tener fe en que todo puede mejorar. Pero volviendo al tema de herederos, ¿qué me dices Poseidón?

—Dicen que chango viejo no aprende maromas nuevas, mis sobrinos ya han de tener su vida hecha o deshecha. A mi hermano Adam lo trate muy poco, era el mayor de todos, murió muy joven, le encantaba todo sobre los orígenes del hombre, estudiaba a los neandertales, a los atlantes y a todas las especies humanas sobre el planeta, así hablaba él en sus apuntes. Viajó mucho y se casó muy joven, si viviera ya tendría bisnietos seguramente. Quisiera enfocarme en los niños. Me gustaría que me orientaras sobre tus experiencias, has de haber realizado muchos testamentos.

Voltea para dirigirse a Leticia.

—¿Qué más viste de mis parientes?

—También encontré entre los contactos de sus sobrinos a una sobrina suya que está embarazada, se llama Aqua, al parecer ella es hija de su hermano Adam. Su hija, la hija de usted Mister Po, está casada, vi unas fotos, se casó con uno que estudió fisiología y se dedica a analizar excremento para descubrir bacterias, prevenir enfermedades y determinar la salud de las personas, también trabaja en el área forense para obtener datos criminales que puedan ayudar a descubrir cómo murió alguien, por ejemplo si lo envenenaron. Gana muuuuy bien. Bien por su hija. Hasta ahorita es todo lo que he encontrado.

Poseidón se ríe y comenta:

—Como no va a ganar bien, se dedica a oler científicamente la caca de los demás. Mi hija dijo que jamás tendría nada que ver con la mierda del mundo. En verdad nada tiene que ver, solo que me da risa. Recuerdo algo muy serio que mi hija me dijo, lo puedo recitar: “luchemos por un mundo nuevo, digno y noble que garantice a los hombres un trabajo, a la juventud un futuro y a la vejez seguridad”. No sé de donde lo saco, se lo aprendió de memoria, pero Dios quiera que todos sus buenos deseos se cumplan.

—Ya es tiempo de que tantas cosas se cumplan, —dice el notario, —tengo fe de que pronto las personas conocerán la verdad sobre sus orígenes, espero que pronto desaparezca la superstición y la ignorancia. Creo que las personas siempre deben buscar su lugar hacia arriba. Perdón Poseidón, te interrumpí, me dejé llevar por los buenos deseos de tu hija cuando joven.

—¿Cómo supiste que lo dijo cuando era joven?

—¡Es natural!, es la edad en que deseamos transformar el mundo.

—Recuerdo cuando yo era joven, pero sé que existe un precio nada agradable por desafiar a la autoridad. Me pregunté si vale la pena y me quedé con la duda.

—Definitivamente sí. Pero eso lo creo yo, al parecer ustedes no. Creo que sí cuando es por lograr una vida digna para las personas que nos rodean, para nuestro prójimo. ¡Claro que vale la pena!

—¿Se podrá lograr un sueño incorruptible en un mundo corrupto?

—No es el mundo Poseidón, son los que habitan el mundo y en todos los que habitan el mundo hay amor, respeto, capacidad de perdonar, de compartir, hay deseos, fe, esperanza, pero también hay temores, celos, ira, avaricia, odio. En ti veo temor, si hay temor no puede haber fe.

—Claro que tengo fe, he tenido fe, he rezado porque mejoraran las cosas por todo lo que hice mal.

—Todo tiene su ciencia Poseidón, hasta la oración tiene su manera efectiva de realizarse. La fe cuando se siente en realidad se enfrenta al temor y lo vence, pero muchas veces rezamos tanto sin darnos cuenta de las raíces profundas de nuestros temores y culpas que por más que se reza todo sigue igual.

Leticia observa cómo va iniciando la plática que llevará a la realización del testamento de Poseidón. Así que lentamente empieza a retroceder, no sin antes comentar:

—Tómelo de manera simple Míster Po, dicen que la mayor sabiduría se encuentra en la simplicidad, solo recuerde todo lo bueno que hay en usted, recuerde el amor que sintió cuando nacieron sus hijos, piense en los hijos de sus hijos, haga su testamento con amor y olvídense de todos los rencores. Con permiso.

Cuando se retira la enfermera, Poseidón le muestra un gesto de agradecimiento acompañado de una sonrisa. El notario y el moribundo se quedan solos, mirándose fijamente. Poseidón no sabe si platicarle su visión, cuando con la espalda pegada a la cama deseaba acariciar las estrellas y admirar la inmensidad del universo. Observa los ojos del notario que tienen una pequeña luz brillante, recuerda su visión a techo abierto en la que aparece una luz similar y que lo encandiló. Pero no se anima a platicar de sus agitados sueños, aunque presiente que ya es conocido de quien va a dar fe de su voluntad.

—El cuerpo es para mí un obstáculo, no me sirve ya para moverme, perdemos a los que amamos, no creo aguantar tanto tiempo, ni siquiera sé si podre esperar a ver a mis hijos... pero sí quiero que lo que tengo, creo que en dinero es suficiente para que mis nietos aseguren una vida sin penas, al menos sin penas económicas, les sea de utilidad. Alcanza hasta para los nietos de mis hermanos. Pero sí necesito que me ayudes, no solo a redactarlo, necesito asegurarme que tendrá un buen destino y no será utilizado para desgraciarle la vida a alguno de ellos que no sepa qué hacer y se lo beba o lo bote sin ton ni son. Aun ya muerto no me gustaría que en lugar de dejarles algo que reciban como una bendición termine por ser una condena.

—Entiendo lo que me solicitas, en ningún caso puede ser ni una condena ni una bendición, tú tranquilo, todo dependerá de las acciones, ideas, emociones o deseos de ellos, tus herederos. Pero sí puedes imponer condiciones para que puedan disfrutar de la fortuna que les dejas, aunque pudiera ser que les quitaras algo de voluntad, no sé, lo tendríamos que valorar bien, que es lo que deseas en tu voluntad respecto a tu patrimonio, tú lo forjaste tú decides. Por cierto sé que con tu cuerpo ya no te puedes transportar, pero recuerda que tú eres un ser único, tan único como todos los demás. ¡Ríe, pero es cierto! Volviendo a tu voluntad, te voy a proponer un fideicomiso. Lo importante no es lo que dejas, sino cómo lo dejas.

—Pues lo dejo en condiciones de tristeza para mí, mi familia se fracturó por culpa mía. Llegué a pensar sobre si en realidad existe un destino, ¿estaremos predestinados?, me encantó leer sobre todo lo que acontece en nuestra humanidad, estoy convencido que somos



admirables, pero a veces somos despreciables. Quizá esas veces en que somos despreciables es cuando transformamos nuestro destino en puras desgracias.

—Olvídate de muchas cosas que pensaste antes, ahora concéntrate en tu testamento. Recordar errores del pasado solo es útil si aprendemos de ellos, si te motivan a mejorar tu comportamiento, a ser alguien mucho mejor, entonces en lugar de culparte agradece que sucediera, pero si no tiene esta utilidad, olvídate de todo.

—Siento que el tiempo se me termina, estoy perdiendo mis fuerzas y en ocasiones hasta me relajo tanto que veo una maravillosa luz al final de un oscuro túnel, pero creo que todavía tengo mucho por hacer, mucho que quisiera enseñar. No puedo olvidarme así nada más. Sé que todos perderemos la batalla con la muerte, pero es una batalla que enfrento solo, sin el cariño de mis hijos.

—Ya no es tiempo de lamentarte, todo mundo al nacer recibe el regalo de la vida, es un regalo que tarde o temprano desaparece, cuando desaparece lentamente, como en tu caso, no es motivo para dejar de vivir, hay que aprender a vivir de manera diferente.

—Recuerda, ¡estoy desahuciado!

—Los verdaderos desahuciados no tienen esperanza. Creo que estabas desahuciado desde antes de que te diagnosticaran cáncer, estabas desahuciado por tu actitud, dejaste de vivir hace mucho.

—¿Qué es la vida y para qué sirve?

—Respóndete tú mismo, pero el amor siempre es la respuesta, quiero decir que te olvides de tus culpas, de tus temores, imagínate que vas a vivir para siempre, que estás lleno de salud y energía, imagina que estás lleno de amor, que amas a todo el mundo. ¿Qué responderías?

Poseidón se queda un rato en silencio, mira los ojos del Gran Hombre que ahora se le presenta como el notario encargado de dar fe de su testamento. Cierra los ojos, intenta imaginar de la mejor manera, con los ojos cerrados empieza a hablar.

—Yo creo que, a pesar de las angustias, de los dolores, de estar triste... a pesar de todo debes amar, seguir amando a todos los que amaste alguna vez o simplemente debes amar, amar en verdad. Creo que la condición de mi existencia se definió por la relación tenida con todos los que me rodearon, es decir, creo que pude haberlo hecho diferente a pesar de los errores que cometí. Pude haber tenido otro estado de ánimo. Creo que independientemente de

estar sanos o enfermos, con dinero o sin él, la vida se trata de cómo enfrentamos los retos que se nos presentan, de cómo respondemos a lo que nos motiva a hacer lo que hacemos. La vida no nos da ninguna certeza, pero sí podemos cosechar grandes cosas, cosas que nos dan felicidad, el amor, amor a los hijos, recuerdo cuando recién nacieron, los ves tan inocentes que prefieres enfermarte tú antes que ellos, hay logros que nos dan felicidad. No sé de qué se trata la vida, no sé si respondí bien, pero sentí lo que dije. —Poseidón abre los ojos y sonríe.

—Vuelve a cerrar los ojos. Ahora recuerda aquellos momentos que generaron lo que tú mismo definiste como condiciones de tristeza para ti, aquello que te fracturó a ti de tu familia. Estas ahí en ese momento, recuérdalo bien. ¿Qué sientes?

—Placer.

—Abre los ojos. ¿Entendiste la diferencia entre placer y felicidad? Placer y felicidad son diferentes. El placer se consume poco a poco y la felicidad te da una realización que vale la pena vivirla.

—Sí, entiendo. Pero en mi caso ya no tiene caso entenderlo, mi castigo fue el dolor que sentí, viví sin el premio de la felicidad.

—¡Que locura! Pero puedes poner como condición para que tus herederos accedan a la fortuna que les dejas que aprendan esta diferencia, por ejemplo. Además, la felicidad no es un premio ni el dolor es un castigo.

—Se me hace absurdo poner condiciones de ese tipo.

—Tú dijiste: “necesito asegurarme que tendrá un buen destino y no será utilizado para desgraciarle la vida a alguno de ellos que no sepa qué hacer y se lo beba o lo bote sin ton ni son”, literalmente lo pediste.

—Pero también quiero que tengan emociones en la vida.

—Puedes vivir las más bellas emociones como son el amor, la fe, el sexo.

—Soy el menos indicado para exigirles una vida impecable.

—Solo tú sabes las razones por las que cometiste esas faltas que te generan culpa, pero el castigarte impide tu pleno desarrollo.

—No me castigo, reconozco mis errores. Sé que no soy quien pretendo ser, creo que todos pretendemos ser lo que no somos. Antes quizá pretendí ser un don juan, un gran conquistador, no porque yo quisiera serlo, sino porque era obligado al nacer varón y por todo

lo que veía a mi alrededor. Ahora quisiera haber sido alguien ejemplar, alguien de quien mi esposa y mis hijos se hubieran sentido orgullosos.

—Una cosa es cierta, todas las actividades de los seres humanos son por amor o por temor, siempre actúan por uno o por otro, hacen lo que hacen por amor o por temor. Todos, no solo tú. Hasta cuando estás con alguien para compartirse sexualmente, si el amor está presente la desnudez se disfruta, si hay temor por cualquier cosa, se cubren y no se dejan ver. El amor te mueve a compartir tu fortuna, el temor impide compartir. Uno daña, el otro alivia. Hay partes en ti que esperan ser aliviadas, no todo en ti es cuerpo. Ahora puedes solicitar a tus herederos que aprendan sobre el temor y el amor para que puedan disfrutar la fortuna que les compartes, de tal manera que conforme a tu juicio sea una bendición.

—Me gusta la idea, no sé cómo, pero desearía que ellos estén más aptos para la vida de lo que estuve yo. Pero somos como somos, no sé porque, pero quizá no funcione.

—Tú puedes ofrecerles otra alternativa. La verdad es que, si deseas que vivan sin limitaciones, felices, debes desatarlos de los esquemas que han mantenido por siglos a la humanidad. Y lo que menos útil es para que lo puedan lograr es precisamente el dinero que vas a dejarles. Déjales el significado del amor, de amarse a sí mismos y a los demás, es lo que más van a necesitar para vivir una nueva era, una vez que te vayas de este mundo.

—Espero que independientemente de mi testamento ellos puedan aprender de todo lo que me has hablado, ojalá que de cualquier manera obtengan sabiduría y una vez que la obtengan la compartan. Ojalá vivan sin miedos, ojalá sean dueños de sus propias vidas, ojalá pudiera ver a mis nietos recién nacidos, libres, inocentes. Ojalá pudiera empezar de nuevo, pero deja te cuento mis secretos. No sé porque tuve tanto miedo de contar antes mis secretos. Viví extrañas visiones, buscaba la absolución de mis pecados, deseaba juzgarme y salir de algún modo inocente de mis fallas. Nunca estuve en posición de censurar a nadie, solo a mí mismo, pero creo que nadie puede tener la calidad moral para juzgarme, solo es cuestión que cada quien revise sus secretos, vividos o pensados.

—Siguiendo con tus juicios y tu forma de pensar. ¿Tus secretos han de ser un gran pecado inimaginable?

—Claro que no. A estas alturas del mundo, ya todo está dicho y hecho. Hasta para cometer un pecado original se requiere ser demasiado creativo.

—No lo creas, nunca dejan de sorprenderme.

—No lo dudo, pasan tantas cosas por la mente. Yo con mis sueños estuve frente a un juez, pero no sentí que fuera a ser objetivo.

—Los jueces no tienen como objetivo ser objetivos. Son personas, es obvio que anteponen la calidad humana a la de juez.

—Sí, así lo viví.

José entra para ofrecer al notario una buena jarra de té aromático e infusiones deliciosas, todas de antojo, de naranja y esencias, de durazno, de menta, de manzana y canela. En el aire vuela un aroma de fresa y vainilla, con este aroma Poseidón narra brevemente su vida. Confiesa sus infidelidades, la ira que sintió contra todos, contra sí mismo por haberse confesado. Recuerda los momentos en que llegó a odiar a su esposa por no ser capaz de perdonarlo. Habló de sus hijos.

—Ojalá que los hijos recordaran lo que desesperan de niños, las preocupaciones que dan, los dolores que provocan, a veces los quieres ahorcar, solo porque los amas te detienes. Lloran tanto que quisieras voltearles el cuello. En verdad temo morir y que exista el infierno, me da miedo que pueda pasar una eternidad ahí.

—Hay tantos mitos esparcidos en todo el planeta, los mitos son parte fundamental de la historia y religiones de tantas culturas. Prefiero el desarrollo de un humanismo con fe, con ideales, con principios, y para ello no son necesarios los credos, religiones o dogmas.

—El sacerdote que me visitó en mis sueños me dijo que el infierno no existe.

—No como tú lo crees. De hecho, ya lo has vivido sin darte cuenta, ya estuviste en él, el infierno es un lugar de castigo, de penitencia, lleno de temores, tortura, angustias y todo el dolor que te imagines, ¿recuerdas haberlo vivido?

—Sí, en verdad sentí quemarme por dentro, un dolor profundo por no volver con mis hijos, con mi esposa.

—Pero descuida, aún puedes salir de ahí. Padeces de un dolor al creer que tienes inconclusa tu relación familiar.

—Sí. La verdad uno espera llegar a viejo y poder despertarte con la tranquilidad y comodidad necesaria. Es lo que un viejo espera en el ocaso de su vida, cuando uno ya va de salida espera paz.

—Otra cosa cierta, es un error creer que por ser viejo ya estás en decadencia, claro que puedes seguir desarrollándote plenamente, tanto en cuerpo, alma y espíritu. Puedes seguir

ascendiendo esa escalera. Por ejemplo ahora estas muriendo físicamente, pero ¿cómo vas a sanar de tus culpas y temores antes de que tu corazón deje de latir? Siempre, en cualquier circunstancia de tu vida, incluso en esta en la que estás ahora, hay que hacer todo lo que deseas que salga bien, hay que hacerlo con tu máximo impulso, con tu mejor ánimo. No importa que estés enfermo, es importante que bajo ninguna circunstancia te juzgues a ti mismo, de nada sirve, al contrario, obstaculiza tus buenas intenciones, reflexiona eso si te ayuda, pero una cosa es reflexionar y otra juzgarte.

—¡Mi máximo impulso! ¿Cómo podría ahora?

—Creo que esa no es la pregunta correcta, siempre hay suficiente energía para dar tu máximo impulso, dar lo mejor de ti con tu mejor ánimo. Siempre lo hay, siempre en cualquier circunstancia. Tu máximo impulso de hoy seguramente no es igual al que hubieras dado hace cincuenta años, pero hoy puedes dar tu máximo impulso para dictar un buen testamento, para comunicarte de algún modo con tus hijos, para enviarles un mensaje antes de morir. Dar tu máximo impulso con el mejor ánimo evitará para siempre algún reproche, ya sea propio o de alguien más. Si lo haces, podrás morir en paz, lo que tus hijos hagan o la manera en que respondan ya no es asunto tuyo, tú sabrás que hiciste lo mejor que pudiste para remediar una mala comunicación. Ya ves, la pregunta correcta es ¿por qué dar mi máximo impulso? La respuesta es porque te liberas de reproches y de culpas y por consecuencia te aceptas tal como eres porque siempre das lo mejor de ti, así siempre tienes energía, también tienes la oportunidad de reflexionar y aprender de tus errores. Al hacerlo así vives de manera plena, inclusive en tu caso, lo que te quede de vida hay que disfrutarla con amor, con energía, con entusiasmo.

—Pero ya me voy a morir, ¡ya me estoy muriendo!

—¡Entonces libérate! Aprovecha tu soledad de hoy en la noche porque quizá mañana ya no estés... con vida. Ya no tengas miedo de lo que piensen de ti los demás. Para las nuevas generaciones no hay verdades absolutas, ellos deberán representar una nueva conciencia en el mundo, si no lo hacen, no es tu responsabilidad. Pero si tu hija soñó en lograr una transformación en beneficio de la humanidad, seguro no te juzgará con severidad. Por cierto, si ella no lo logró, quizá sus hijos o nietos, puede ser. Pero volviendo a tu pasado, libérate, si revisas a fondo seguramente algunas cosas por las que te culpas, realmente tú nada tuviste que ver, sucedieron o iban a suceder independientemente de que estuvieras ahí o no.

—Quizá el querer influir en las profesiones de mis hijos, en obligarlos a obtener actividades lucrativas los pudo haber hecho temerosos para ser emprendedores.

—Todos somos genios, todos tenemos algún talento sobresaliente, pero si juzgas a un pez por su habilidad para trepar arboles creará que es un tonto. Eso se los dijo Albert Einstein hace tiempo. Cada quien es responsable de utilizar sus talentos, eso lo digo yo. Además, por alguna razón a cada quien le tocan determinados padres, gracias a los padres que les tocó tener experimentan cosas necesarias para su formación, para su desarrollo personal y no nada más los padres, sino todas las experiencias en la vida.

Poseidón balbucea unas frases, las dice motivado por lo que ha escuchado del notario, pero a la vez recuerda su propia vida.

—Yo no quisiera dejarles consejos a mis herederos, hijos, sobrinos, nietos, nietos de mis hermanos, porque como dijo Sócrates, los listos no los necesitaran y los tontos no los entenderán. Pero sí quisiera compartir lo que me gustaría contemplar en la humanidad, quizá alguien comparta mis anhelos, pueden ser mis hijos, mis nietos o alguien tan lejano a mi tiempo y a mi espacio.

Reflexiona Don Poseidón.

—Creo que nadie está en este mundo por su propia elección, pero al estar aquí no queda otra que tomar decisiones y asumir consecuencias, es decir, adquirir la responsabilidad de existir. Creo que responder a nuestra existencia es aceptar que formamos parte del gran proyecto de la creación, creo en el Creador, creo que no creer es negar mi propia existencia. Y no lo creo solo porque ahora me encuentro en mi lecho de muerte, ahora que nace en mí la esperanza de una vida después de la vida, lo creí desde chico con las enseñanzas de mi madre. Decía que creo que debemos responder a nuestra existencia, cada uno de nosotros, así como todo lo que hay en el universo, tenemos nuestra propia historia y nuestra propia misión. Espero que los hombres del futuro en lugar de escribir su historia con sangre por las guerras que provocan, por su gran ambición de poder, escriban su historia a través de las decisiones que toman. Que existan individuos dedicados, luchadores, que con su trabajo y esfuerzo se dediquen también a echar raíces profundas de buenas costumbres, de buenos principios, de una buena moral, de buenas actitudes y valores tan fuertes que soporten la estructura de su propia vida. Para que en ningún momento se arrepientan de nada, para que logren por fin ser alegres, felices y asertivos y entiendan que lo mejor es paz en todos los ámbitos. Que dejen de

perder el tiempo en pensar y buscar por qué están en este mundo, cuando ni siquiera se conocen ellos mismos. Además, ignorando que están aquí para conectarse unos a otros, para apoyarse, sabiendo que no son perfectos sino perfectibles, para trabajar en equipo, para hacer sinergias conscientes de que la suma de las partes es más que el todo y lograr más y mejores cosas, para evolucionar cada día más, buscando que la especie humana nunca desaparezca. Ojalá se pueda evitar el estrés colectivo en el que vive actualmente la humanidad, así como la crisis económica mundial ocasionada por ese disparador llamado ambición que tiene sumida a mucha población en pobreza extrema. Sentiré mucha alegría de saber que todavía existen hombres que imitan a los valiosos seres que ha tenido la humanidad, a los que han sido punta de lanza en los grandes avances y que por ellos no se vive en cuevas royendo huesos, hombres que repitan los grandes sacrificios que hicieron estos atrevidos individuos, para lograr que los humanos caminen de logro en logro. ¡Hombres como estos necesita la humanidad! Estos brillantes hombres que nunca le hicieron una mala cara a las dificultades, porque aprendían de ellas, las veían como ventajas, como oportunidades con espinas, que gracias a ellas maduraban, perfeccionaban y lograban esas grandes hazañas y que empezaron con el simple observar, analizar y sorprenderse de algo que les llamaba la atención, sin dejar de apreciar todo lo que les rodeaba en su ámbito. No como hoy, que se la pasan aturridos con la tragedia humana que no es la muerte, sino lo que dejan morir en su interior. Es necesario que las personas se graven y creen consciencia de que el hombre, a diferencia de las cosas inertes como el agua, que siempre busca su nivel hacia abajo, debe aspirar ir hacia arriba y que se pregunten si lo que están haciendo hoy los acerca o los aleja del lugar en el que quieren estar mañana. Hombres que sepan respetar y respetarse y aprendan a perdonar y a perdonarse porque el perdón es el único camino para liberarse de toda culpa. Construirse a sí mismos. Arquitecto del universo, arquitectos de su propio destino a imagen y semejanza. Control, felicidad sin renunciar a sus sueños. Deben hacerlo antes de que se conviertan en lo que no les gustaría haber hecho, pues su historia se puede convertir en un simple borrador que no tengan tiempo de pasar en limpio.

El notario lo ha escuchado con atención.

—¿Por qué has balbuceado? ¡Es maravilloso lo que has dicho! ¿Cuáles son tus dudas?

—No sé si soy digno de decir todo lo que he dicho, ¿quién soy yo para ser ejemplo de todo lo que he dicho?

—Eres alguien que desea un mundo mejor para tus hijos, para tus descendientes y para todos los que están por nacer. ¿De qué te sirve seguir reprochándote el pasado?, ¿de qué te sirve seguir viviendo en el pasado? Has dejado de vivir. Otra cosa cierta es que la depresión surge cuando sigues viviendo emocionalmente en las sensaciones del pasado, evitando así solucionar lo que te provoca ese malestar. Lo que pudo ser ya pasó. Mejor sigue diciendo las maravillas que hay en tus pensamientos.

—Creo que gran parte de la humanidad está venciendo a la ignorancia, a esa ignorancia que produce mediocres de brazos cruzados esperando a ver qué pasa, en lugar de leer, investigar y prepararse para que las cosas sucedan. Quisiera ver hombres que dominen el miedo para que los fortalezca. Hombres que no se aferren a la idea de que una persona inteligente es aquella que se plantea, resuelve y prevé un problema, porque inteligentes son todos, con distintos tipos de inteligencia. Que capten la gran cantidad de dones con los que nacen, que solo basta desarrollarlos. Todos nacemos sin un instructivo, sin conocimientos, más no por eso no se tiene la responsabilidad de prepararse para desarrollar esos dones. Quisiera dejar mi fortuna a aquellos que acepten un gran reto: la responsabilidad de existir.

—Lo has dicho muy contundente, así será, —refuerza el notario.

—Solo debo compartir lo bueno que generé. Las cosas negativas, si no puedo desaparecerlas antes, me las llevo a la tumba. Solo me queda la sensación de que me encantaría volver a ver a mi amada esposa.

—Ella fue más inteligente que tú. Te perdonó, pero eso no implicó que quisiera verte. Solo te perdonó y agradeció que tu infidelidad no pasara a mayores. De hecho, si hubieras insistido con mayor esfuerzo hubieran vuelto. Ella jamás les inculco a tus hijos que te odiaran, tampoco les insistió para que te buscaran, eso era asunto tuyo. Pero murió sin pendientes, sin apegos. Tú viste su rostro al morir, reflejaba paz.

Poseidón no pregunta por qué el notario sabe lo que acaba de decir, lo sigue viendo como el Gran Hombre de aquella visión, lo ve y acaricia la pelota que sujeta en su mano derecha, saca la mano de entre las sabanas y avienta la pelota lo más rápido que puede, el notario la atrapa, sonríe, guiña el ojo, sin aventarla le regresa la pelota a Poseidón, la coloca suavemente en su mano.

—Qué bueno que lo recordaste, no olvides que la felicidad es un derecho que se tiene desde el nacimiento, solo cree en todo lo que eres capaz de hacer, cree en ti y deshecha todo lo



inútil, todo lo agotado, todo lo decadente. Recuerda que nada hay por lo que debas de temer, ¡nada!

—Gracias.

—Con los datos patrimoniales que me dará José y con lo que hemos platicado, prepararé un borrador de tu testamento, te lo leo y si estás de acuerdo lo firmas. Regreso en tres días. Descansa.

—Hoy voy a dormir como si ya muriera, mañana quiero despertar con un nuevo día en todos los sentidos.

De la parte final de la historia me enteré porque la enfermera me puso al tanto, ella sabía de nuestra plática así que me describió los detalles de lo sucedido.

Un nuevo día ha comenzado, tres días han transcurrido desde la visita del notario, Leticia tiene un mensaje para Poseidón, es un correo electrónico que le enviaron los hijos desde San Antonio, donde vacacionan juntos. Cada año ellos viajan con sus respectivas familias para propiciar la convivencia entre hermanos, primos, cuñados, todos en familia. Es la cuarta vez que se organizan para viajar unidos, ya han viajado a Cancún, Orlando, España. El próximo año pretenden ir a New York.

La carta dice así:

“Querido padre, te escribimos desde San Antonio, donde venimos todos a refrescarnos, gracias a Dios los niños están bien, todos estamos bien. Nos contactó tu enfermera, lamentamos mucho que estés mal de salud. Se nos hizo costumbre no visitarte, no visitarnos mutuamente. Mamá nos hubiera jalado las orejas por dejar pasar tanto tiempo sin vernos. No tenemos nada que perdonarte, en todo caso perdónanos tú a nosotros por dejar que las cosas pasaran como pasaron. Tenemos tanto que platicarte. La tía Mary está muy bien, de hecho nos platicó todo el mismo día del funeral de mamá. Nos dijo que era muy joven, siempre tuvo rencillas de niña con mamá, desde que rompieron el florero antiguo de cristal de la abuela, al parecer era carísimo y mamá le echó la culpa a la tía, parece que la castigaron y le dieron unas buenas nalgadas. Cada año le lleva flores a la tumba de mamá, cada año habla en su tumba, le pide perdón. Nosotros le decimos que ya todo está bien. Mamá era muy inteligente, ya la hubiera perdonado. De hecho, queremos invitar a la tía y a su familia para que nos acompañen el próximo año, ojalá te recuperes pronto para que tú también nos puedas acompañar.

Llegamos antier aquí a San Antonio, nos faltan diez días más de vacaciones, alcanzaremos a ir a Houston para que los niños jueguen y conozcan el centro espacial, tu nieto quiere ser astronauta. También vamos a ir a la Isla del Padre para nosotros tomar unas copas frente al mar. En cuanto regresemos prometemos, confirmado iremos a visitarte, platicaremos de lo que padeces, solo nos dijo tu enfermera que es grave, ojalá no sea tanto, siempre fuiste muy sano, muy fuerte. En verdad te queremos. Hasta pronto papá.”

Poseidón quiere soltar una carcajada al terminar de escuchar el correo que Leticia le imprimió, llora y ríe al mismo tiempo. Leticia imprimió también diversas fotografías que tomó de las páginas de internet, de sus hijos y sobrinos. Poseidón observa las fotos impresas, su mano tiembla al sostener las hojas, sus ojos lloran al ver los rostros, su corazón palpita aceleradamente. Sabe que jamás se encontrará el tiempo perdido, buscarlo es una persecución infructuosa, el tiempo camina al mismo tiempo que la vida, transcurre sin detenerse. Cierra los ojos, escucha un leve tic tac, contiene la respiración, jadea y vuelve a adormecerse. Leticia lo observa dormir plácidamente con una marcada sonrisa.

La realidad es que la tía Mary asistió a un taller de constelaciones familiares y compartió con los hijos de Poseidón parte de lo que aprendió y descubrió, les ha hablado sobre la transmisión de conflictos y sobre el perdón. La tía Mary volverá al taller, con el propósito de que asistan sus sobrinos.

Poseidón despierta y al abrir los ojos observa frente a sí a José, a Leticia y al notario, quien le lleva el borrador de su testamento. Mister Po, como le dice Leticia, pide que entre los tres lo ayuden a levantarse, desea caminar, respirar en el jardín de su casa. Tiene un balcón amplio en el cual solía desayunar con sus amigos, desde ahí podría apreciar el césped y las flores. Entre los tres lo levantan, consideran justo satisfacer su antojo. Se coloca una bata larga, la cruza, le hace el nudo mientras lo sostienen, echa en la bolsa la pelota que tiene desde aquel sueño decisivo. Lentamente camina rumbo al jardín, sonríe mientras llega. Se dirige al notario.

—En estos días han pasado tantas cosas por mi cabeza, ¿usted sabe de qué están hechos los pensamientos?

—¡Química! Gran parte de tus pensamientos tienen que ver con la bioquímica y la otra gran parte con tus decisiones. Como dijo un buen psiquiatra hace tiempo a un sano pero estresado paciente, después de hacer unos estudios a su cerebro: “necesita tomarse estas

pastillas para terminar con las deficiencias, son nutrientes, con esto se alivia, pero también cuidado con lo que hace”.

Todos camino al jardín rieron, una vez ahí Poseidón respira feliz.

—¡Estoy despierto!, siento el sol, es reconfortante ver un nuevo día, siempre me gustó mi jardín. Cuando vivía en la casa que le compré a mi esposa dedicamos tiempo para formar un bello jardín, luego viví una agobiante separación, me quedé solo con los brazos al aire. Hoy la vida se me va, ojalá que dondequiera que esté el amor de mi vida me esté esperando.

Son las palabras que pronuncia motivado por la gran esperanza de ver y reconciliarse con el alma de su amada esposa. Recuerda los momentos más románticos que disfrutó al lado del amor de su vida, la serenata que le obsequió, el primer ramo de flores que le regaló, la ilusión con la que le dio el primer beso. Así sonríe y confiesa a los presentes.

—Gracias a ella sentí la más bella experiencia sexual, disfruté de saborear a la mujer amada, ella era mi felicidad, completaba mi vida, ¿la volveré a ver?

—Todo es cuestión de amor amigo mío. Así de fácil, solo es un asunto de amor con todo aquello que también es amor.

Con su respuesta, el notario le muestra el borrador del testamento a Poseidón, este ojea los papeles y hace una seña a José para que le ayude a sostenerlos, firma. Después observa el jardín, respira el aroma de una fresca fragancia, como si todas las agradables esencias de la naturaleza se combinaran para crear el mejor perfume en la tierra. Saca la pelota de su bolsa y se la entrega al notario, quien antes de guardarla acaricia la pelota entre sus dedos, con cuidado estrecha la mano de Poseidón diciéndole: —Desde luego, yo me encargo.

Poseidón sigue de pie, voltea a ver el horizonte, observa las nubes, siente el viento, advierte que el tiempo se dilata, se expande, se prolonga indefinidamente pero solo en su mente. Suspira por última vez, deja de respirar. Expira. Poseidón ha muerto. Escasos segundos después el cuerpo de Poseidón presenta una erección. Descansa en paz.

Días después del funeral de Poseidón, Leticia participa en el alumbramiento de dos niños, contempla la ilusión con la que los padres entran al quirófano, disfruta al ver la felicidad en los cuneros, es difícil describir la expresión de quienes observan desde la ventana a los recién nacidos, es presenciar un milagro, una esperanza. Son momentos en los que se experimenta alegría y amor, las madres ansían tener en brazos a sus bebés, desean iniciar cuanto antes el contacto, el abrazo, el vínculo de amor.

FIN

Notas del Autor.

Esta historia, basada en hechos reales, no es la de alguien en particular, pero la persona que inspiró la parte central de la novela si existió y murió antes de iniciar esta redacción. Murió antes de enterarse que he cumplido mi palabra de escribir el enigmático suceso de su desenlace. Y sí, murió de pie y con una erección. Al morir él, el personaje de Poseidón se construyó con las experiencias de dos amigos más, que tuvieron la gentileza de compartirme, para efectos de este libro, sus temores, culpas, visiones y sueños. Amigos enraizados en la época de un milenio que está muriendo al tiempo que una nueva era parece brotar sin definir aun su rostro. Amigos, al igual que Poseidón, en el atardecer de sus vidas. De ellos se mantiene intacta en esta historia la fe en que las generaciones por venir podrán crear y crearse a sí mismos un mejor presente, así como su fe en una transformación de la conciencia universal. Les doy gracias por compartirme parte de la fortuna que dejan: pensamientos, frases y experiencias. Estuve ahí para ser testigo de lo que hoy comparto.

En cuanto a los hechos reales base de esta historia, quien confesó a su gentil esposa la infidelidad que cometió, ya recuperó la relación con sus hijos. Al término de la redacción de esta obra, su hoy exmujer aún no lo perdona. Por cierto, a la fecha no he asistido a talleres de constelaciones familiares, los cuales sé, son una herramienta para examinar las relaciones y conductas de las personas en su sistema familiar. Quienes sí han participado los recomiendan ampliamente, sin embargo, hay controversias en la comunidad científica respecto al tema, por lo que es importante el profesionalismo y formación de los instructores o facilitadores.

En cuanto a las generaciones por venir, afirma el divulgador científico Michio Kaku, en su libro *La Física del Futuro*, que de las 5000 generaciones de seres humanos que han caminado sobre la tierra, las que viven en este siglo determinaran en última instancia el destino de la humanidad. Es decir, las personas que viven actualmente, las que ya nacieron, son las más importantes que han pisado la superficie del planeta, porque ellas decidirán si se

alcanza el objetivo de vivir en una sociedad que además de dejar de consumir energía a base de plantas muertas, construya una civilización avanzada, libre, científica, instruida y próspera.

Por último, el Fondo para la Infancia de las Naciones Unidas (UNICEF) revela que cada año, nacen en el mundo aproximadamente 370,000 niños con VIH.